

Roberto Molinares

Jalados
por los
cabellos




ELPERRO
yLARANA

narrativa



Jalados por los cabellos


EL PERRO
y LARANA

1.ª edición digital Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© **Roberto Molinares**

© **Fundación Editorial El perro y la rana**

Edición y corrección:

Héctor González

Diagramación:

Odalís Vargas

Diseño de portada:

Greisy Letelier

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4985-0

DL: DC2022000376

Roberto Molinares

Jalados por los cabellos

Ejercicios literarios basados en experiencias oníricas

PRESENTACIÓN

Escribir un libro basado en experiencias oníricas puede resultar un proyecto bastante ambicioso y complejo, donde se dan cita la voluntad de catarsis personal de quien lo escribe, con la voluntad de hacer arte. Por un lado, estaría el mecanismo interno de la ficción literaria, acoplado a la capacidad del narrador para recordar. Es difícil que los seres humanos podamos atrapar completamente un sueño para luego hacerlo palabras, sin alejarnos de la naturaleza misma del inconsciente, tamizado ya por la racionalidad de las palabras y por su poder de evocación.

Creo que Roberto Molinares está perfectamente consciente de este proceso y ha aceptado el reto de captar y describir estos girones de sueños, halándolos hacia la superficie de la consciencia. Sin embargo, estos no son propiamente expresiones de un automatismo psíquico —tal y como lo presentan los surrealistas—;

antes bien su autor ha optado por describir imágenes puras para ofrecerlas al lector de la manera más diáfana. Entra aquí entonces el elemento transfigurador tan propio del dispositivo surreal, en esta ocasión tocado por un tinte de serenidad que hace de los textos de Molinares algo muy original dentro del panorama de la narrativa venezolana de hoy.

Podemos fundar, valiéndonos de determinados procedimientos, una realidad alterna a través de los sueños, mientras estos circulan libremente en las gavetas del gran almacén de la memoria nocturna. El autor se deja llevar por el poder de las imágenes; luce despreocupado por los personajes y los finales conclusivos de la narrativa tradicional, optando por una suerte de confesión íntima alegorizada que le sirve, a su vez, de método psicoanalítico, para observar con minuciosidad narrativa y un gran poder de sugestión, la interioridad humana.

Gabriel Jiménez Emán

PRÓLOGO DEL AUTOR

He llevado un registro de mis sueños por más de 15 años. Confieso que no he sido muy riguroso en la tarea. Algunas veces, apenas he transcrito lo que recuerdo, el bagazo confuso que queda tras el acto de abrir los ojos. Tampoco he realizado el registro de forma diaria debido al vértigo del día a día. Acostumbramos saltar de la cama y con ello dejamos escapar las historias del subconsciente; se nos desvanecen las geniales visiones que nos acometen durante el sagrado período que rivaliza con la vigilia.

Comencé la tarea tratando de alcanzar la maestría que algunos *soñadores* poseen. Deseaba adquirir el arte de modificar a placer el sueño como si se tratase de un guión mutante o una película que en plena proyección puede cambiar de curso según el gusto de la audiencia. Al parecer, los que lo han logrado desarrollar el arte, los llamados soñadores lúcidos, potencian en estado

de vigilia las circunstancias de la vida diaria, logrando influir en el curso de lo que llamamos realidad. Las imágenes de la noche son el preludio de los sucesos del día por venir.

Solo pretendía volverme más intuitivo, consciente de lo que pasaba dentro de mí cada noche cuando me desconectaba. No creo haberlo logrado, solo generé un hábito: la costumbre de recurrir a papel y lápiz al emerger de la fase REM (*Rapid Eye Movement*), uno de los dos estados del sueño.

El resultado fue un curioso diario de sueños donde quedó vertida toda la actividad de mi inconsciente. He tratado de plasmar aquellos episodios oníricos que considero significativos o llamativos. Debido a la carencia de lógica de mis sueños, he tenido que redondear las historias con algunos recursos literarios, echando mano de la imaginación, complementando de forma forzada lo que sería un total sin sentido.

Al momento de registrar los episodios, ocurre también la *interpretación*, que acontece casi a la misma velocidad con la que he sido capaz de teclear la historia. Se han introducido de esa manera sutiles cambios que son inevitables, impurezas que aderezan, agregados que se cuelan. Algo como lo que ocurre al traducir de un idioma a otro: se agrega, se quita, se adapta. El resultado es bastante aceptable, suficiente fiel a la idea original. Me veo en la obligación de rellenar algunos vacíos con líneas que aunque provienen también del

subconsciente o de la inspiración inmediata, no resta nada al símbolo expresado durante la noche, ni altera el contenido, sino que, por el contrario, lo amplía y complementa como una manifestación de creatividad. Son crónicas precarias, legañosas, escritas con dificultad tras salir de la pesadez de la niebla y que arrastran, como la vida misma, su propia carga existencialista.

Estos escritos, por íntimos y personales, al ser publicados, me podrían hacer vulnerable. Cualquier psicoanalista se daría banquete infiriendo diagnósticos. Sin embargo, lo asumo como un ejercicio interesante, sano y creativo, con el cual puedo romper ciertos límites propios del oficio de escritor; y dinamitar, con o sin el permiso de los académicos, conceptos literarios intraficables. Por ejemplo, algunos de estos episodios, no poseen el consabido *conflicto* para ser considerados cuentos desde el punto de vista literario. Los tiempos han sido manejados casi siempre en presente. Algunos relatos carecen de lógica, incluso de estructura, pero eso sí, son ricos en descripciones. Sus personajes aparecen o desaparecen y las explicaciones sobran. Los diálogos o algunos planteamientos están literalmente *jalados por los cabellos*. Algunos finales quedan como apéndices amputados. Debido a eso, llamarlos cuentos puede considerarse aventurado, atrevido. Me siento más a gusto llamándolos, *ejercicios literarios*.

He paliado la carencia de ideas echando mano de un zurrón colmado de disparadores que podrían generar

algo interesante en el campo experimental. Cadáveres exquisitos, argumentos que provocarán cierta familiaridad con Ionesco. Sin embargo, algunas ideas obtenidas a través del sueño han sido transformadas de manera formal en cuentos y la diferencia puede apreciarse en su coherencia y estructura, aun cuando de ellos siempre se desprende una atmósfera surrealista. En su elaboración he tratado de respetar, en mayor o menor medida, los cánones del relato como género literario. Estos cuentos formales han sido intercalados entre los ejercicios narrativos experimentales. A manera de guiño, también he intercalado algunos cuentos que provienen de sucesos que ocurrieron en realidad; pero que de forma increíble parecen sacados del reino de Morfeo.

Cuentan que Salvador Dalí dormitaba sentado con monedas encerradas en su puño para dejarlas caer al dormirse por completo. El objetivo era despertar por el repique de las monedas y poder adueñarse de las maravillosas imágenes que le otorgaba el subconsciente. De la misma manera, entrego una propuesta válida y algo original: la asociación de la carga simbólica de los elementos que pueblan la conciencia, con el ejercicio literario. Un experimento que casi nos aproxima a un nuevo género, algo así como una *ilógica poesía narrativa*. Es un trabajo nacido de la implementación de mi propio método para vencer la hoja en blanco, retadora y burlista. Un recurso para experimentar con las imágenes y el lenguaje; jugar con posibilidades infinitas que

pueden permitirme enunciar historias en otro nivel de creatividad y de conciencia.

Todos soñamos. Todos somos geniales cuando soñamos. Todos somos genios.

*Dedicado con amor y agradecimiento,
a mi padre, Ángel Horacio Molinares Castro,
navegante fluvial adolescente, ciclista de largos recorridos,
soñador y extraordinario narrador oral.
Sus historias nos continúan inspirando.*

*A mi sobrina, Gabriela Jiménez Molinares, que cuando supo
que yo «soñaba» y con ello agotaba las páginas de cada viejo
diario, se encargó de dotarme de cuadernos en blanco, para que
continuara registrando los espejismos que la noche me otorgaba.*

*A mi madre, Elisa, que parió cuatro soñadores que con el
tiempo, se han convertido en «Hacedores de realidades».*

*Mi agradecimiento a la Profesora Nelly Díaz de Silva quién
revisó el material y realizó sugerencias
que definieron mejor mi libro.*

*Sin embargo, en una o en dos maneras habla Dios; pero
el hombre no entiende. Por sueño, en visión nocturna,
cuando el sueño cae sobre los hombres, cuando se
adormecen sobre el lecho, entonces revela al oído de los
hombres y les señala su consejo*

JOB 33:14-16

UNA LARGA CARRETERA EN MEDIO DE LA NADA

Estoy a orillas de una carretera. Solo maleza me rodea. La cinta de asfalto se pierde en una curva del infinito. Es de noche, hace frío a pesar que del asfalto emana el calor del sol que absorbió durante el día. Una que otra luciérnaga arroja chispazos verdes y hermosos.

Un autobús escolar amarillo emerge en la distancia. Trae las luces apagadas. Cuando llega hasta donde estoy, se detiene. Al frente, lleva un letrero en inglés: *School Bus*. Se abre la portezuela accionada por el chofer con una palanca. Desciende una anciana en enaguas. Nada menos que mi abuela Margarita. Ella salta desde el último escalón con brío juvenil y cae de pie sobre la hierba, flexionando ligeramente las rodillas, dispersando una nube de luciérnagas que en su huida bordean diseños fluorescentes en el aire. Mi abuela lleva un atado de vagabundo al hombro. Es el típico palo de escoba con

una manta que envuelve sus pocas cosas. Aunque pasa a mi lado, no se detiene a mirarme, me ignora.

En la oscuridad de la noche, mi abuela Margarita toma camino del matorral, desaparece entre los cantos de grillos. Mi abuela se va para siempre.

EL VIENTRE DE LOS LAGARTIJOS

Observo el mar desde mi ventana; parece que se acerca una tormenta. Percibo un tenue olor a café recién colado. Observo a Chanteclair dando saltos y chillidos en su jaula. El viejo Víctor me dijo alguna vez: «No te acerques demasiado. El pájaro verá su propia imagen en tus pupilas, y creerá que es un abejorro. Tu luz puede apagarse de un solo picotazo».

Estoy en mi casa de playa y me propongo desenterrar un tesoro. Voy hasta una de las habitaciones. Descorro la puerta del closet. Hay abrigo y sombreros. Abajo, zapatos femeninos de todos los colores y estilos. Hago un espacio barriéndolos con mis pies y comienzo a cavar en el piso con una piqueta de albañil. El primer golpe cuarteo el granito y dibuja una tela de araña. Tomo impulso y agrando la herida. El olor a café comienza a esparcirse por toda la casa. Chanteclair canta,

acompañando la cadencia de mis golpes. Ha empezado a llover. Pronto el hoyo se hace lo suficiente grande para engullirme. He dejado atrás el granito y ahora estoy sobre tierra compacta, que luego da paso a una arenisca oscura y mojada que huele a playa. Con una pala, extraigo cúmulos de arena. El crujido de la pala contra algo grande y sólido me saca una sonrisa. En efecto, es lo que pienso: un cofre pesado. Vuelo a martillazos el seguro. Al abrir la tapa, se escapa una fuerte luz de su interior, y debo apantallar mis ojos con las manos. La luz mengua poco a poco como una linterna que agota sus baterías. Debería sorprenderme o desconcertarme, pero no ocurre así. Dentro hay un corazón palpitando. Es una entidad viva y viscosa. Tomo una decisión guiado más por la curiosidad que por el instinto. Lo corto de cuajo de inmediato sin que sangre.

En su interior hay un cilindro que tiene una etiqueta con una fecha que no puedo distinguir. ¿Una cápsula de tiempo? Parece un tubo de ensayo metálico. Lo abro y me llevo otra sorpresa. De su interior sale una pequeña salamandra de color violeta que sube por mi mano, adhiriendo su vientre frío a mis dedos. Me asalta un nuevo recuerdo del viejo Víctor: «La felicidad se encuentra en el vientre de los Lagartijos».

El violeta es un bello color. Me debato. No sé si deba abrir el vientre del lagartijo. Admito que me gustaría saber lo que lleva adentro, aunque creo que la salamandra ignora mis intenciones.

Emerjo del hueco y voy hasta la sala. Observo el mar emborrascado desde mi ventana mientras tomo una taza de café.

La tormenta ya está aquí y efectivamente se desgarrar el cielo con una espada de luz que toca las aguas en el horizonte. Es un trueno descomunal y extenso que me saca con sobresalto de mi cama y de mis sábanas. Estrujo mis ojos y dejo caer mi almohada. Resulta que he estado de gira por mundos alternativos gracias a mis dotes de *onironauta*, y encuentro en ambas realidades algunas sincronías: el acecho de la tormenta y la lluvia.

Me preocupa Chanteclair por su temor a los truenos. Voy presuroso en su búsqueda.

Contemplo una escena de horror. El ave tiene un barrote de su jaula atravesado en el pico como si pretendiera escapar o buscara oxígeno a toda costa. Algunas pequeñas plumas aún flotan. El estruendo le ha cortado el hálito aunque el rayo debe haber caído en algún punto muy lejano del mar.

Es extraño... todavía danza el aroma de café recién colado a pesar de que estoy completamente solo en la casa.

BEBÉ

La puerta se abre con un chirrido. Siento algo de miedo. No sé con qué me voy a encontrar aunque se trata de mi propio apartamento. Un gemido, alguien succiona, absorbe sus mocos. La sala está en penumbra. Veo un bulto entre otros tantos. Los muebles están cubiertos por sábanas. La luz empobrecida del ocaso se escurre por entre los pliegues de las cortinas de la ventana. El rayo moribundo le otorga un aire de paisaje natural. Mi sala tiene el aspecto rocoso de una cadena de montañas.

El bulto más grande se mueve. Mi piel se eriza. Sin embargo, mantengo la calma y me alcanza el valor para extender el brazo hasta el interruptor de la luz.

El bulto gigante se estremece, está llorando con lágrimas de humano. Parecen pesadas gotas ambarinas y translucidas de goma arábiga. Lloro porque se siente encerrada, perdida. Es natural, también tiene miedo. Tal vez, extraña a sus padres verdaderos. Es descomunal, a

pesar de estar recién nacida. La abrazo. Es tan alta que sobrepasa mi cabeza. «No llores tontita, papá ya está aquí». Agita sus orejas. Se bambolea alternando el peso sobre sus cuatro patas. Bebé, mi mascota, extiende su trompa y me despeina.

EN ESPERA DE SER LLAMADO

El piso es aséptico y brillante como el de un hospital. De arriba emana una luz muy blanca, casi cegadora, que impide ver la fuente que lo origina. No hay paredes. Se vislumbra un blanco sinfín que se derrama hacia los cuatro costados. Sus pasos resuenan amortiguados por un eco metálico como si estuviera encajonado en un recinto extremadamente grande y alto. El hombre va descalzo. Lleva ropajes blancos. No tiene recuerdos. Ningún concepto en su cerebro. Ninguna idea previa. No sabe por qué, ni para qué se encuentra allí. No sabe quién es. No posee palabras para interpretar o describir. Carece de imágenes o medidores comparativos. Aún así, no siente angustia.

Camina como autómatas hasta que divisa a lo lejos algo pequeño que va agrandándose mientras se acerca. Es una silla en medio de la nada. La mira con determinación. Se acerca con cautela y la toca. Es blanca,

centellante como el sinfín que lo rodea. Se imagina sentado luego de copiar la forma del objeto. Flexiona las rodillas y coloca la espalda recta, dibuja con su propio cuerpo una línea quebrada en ángulos rectos como la mitad de una esvástica. Se sienta. Experimenta un ligero alivio en sus pies, espalda y caderas. Algo parecido al placer, un descanso.

Transcurre un tiempo indefinido.

No posee conciencia temporal, ignora si han pasado minutos u horas. Sus dedos tamborilean sobre sus rodillas, es la insinuación de una pequeña impaciencia. El tamborileo genera un tic tac acompasado. Tiene la frecuencia casi exacta de un reloj. Su rostro mira al frente, sus ojos bailan, las pupilas están contraídas por la luz. Comienza a sentir el rigor de la dureza de la silla; se revuelve incómodo. De sus pies sube un hormigueo. Sus pies se están adormeciendo. Es una sensación molesta de pesadez. De pronto, oye un chasquido. Es un ruido profundo y confuso como la voz deformada que sale de un parlante de aeropuerto. Jamás ha oído algo así, pero sus ojos se elevan hacia la luz como buscando el origen. Entrecierra los ojos y se apantalla con el dorso de la mano. Entre sus dedos se cuelan hilos luminosos que hieren sus ojos. Se pone en pie como si respondiera, como si hubiese sido llamado, como si de pronto recordara que tiene un nombre. En la distancia comienza a aparecer una incisión que surge del sinfín con un zumbido penetrante. Comienza a abrirse una

compuerta. Inicia un recorrido: pasos vacilantes que se vuelven decididos y seguros. Una corriente lo hala. Parece un insecto atraído por la luz. Se detiene frente a la herida vertical recién abierta. Puntos de luz se encienden y apagan alrededor de ella. Es una vagina cósmica. Por fin puede mirar más allá, fuera del recinto absurdamente grande donde ha estado retenido. Lo que mira es asombroso y le sobrecoge. Le sobrecoge a pesar de no tener parámetros para interpretar la belleza. Ante sí, tiene un paisaje extraño. Es un espectáculo incomprendible, eterno, desconcertante. Sus ojos palpan y recorren la negritud del espacio sideral abarrotado de estrellas fenecidas hace millones de años.

Es una sensación extraña y familiar. Sus ropajes se agitan con levedad como las aletas de tul de un pez bailarina. Tiembla mientras una brisa gélida lo azota. Da un paso hacia el vacío. Flota.

EN LA TIENDA

Entramos a una tienda de ropa. Un maniquí alto, masculino, exhibe un frac. El maniquí tiene cara de castor, con dos dientes que sobresalen. Para mi sorpresa, se mueve. Creo que se trata de un hombre disfrazado. Se lo enseñé a David, quien luce más pequeño, como si tuviera menos edad. David llora, retrocede, se esconde detrás de mí. El maniquí se arranca la cabeza, la coloca bajo el brazo como si fuera un casco de motociclista. Ahora dudo que sea un hombre disfrazado; creo que se trata de un robot, un aparato mecánico.

Sigo viendo la ropa. Compró algo que no puedo recordar; voy hasta la caja para pagar. Veo unos letreros que parecen estar escritos en árabe e intento leerlo. Lo comprendo a pesar de no saber el idioma. «Moreno soy y me he coloreado de naranja, era limón y he madurado».

Al salir de la tienda, encuentro sentada en la acera a una mujer flaca, vestida con un sayo blanco. Me pregunta: «¿Sabes lo que dice el Corán?» Comienzo entonces a recitar un versículo que habla de un rinoceronte, o algo así. La mujer me responde que el rinoceronte es un animal impuro.

BEJUCOS

Quito la maleza con las manos. Cobro conciencia de que puede ser peligroso sin guantes, sin protección. Recuerdo haber soñado con serpientes; debido a esto, comienzo a observar la próxima rama a ser removida. Justamente en ella hay dos, son delgaditas, parecidas a bejucos entrelazados a tal punto que parecen una sola. No sé dónde comienza una y termina la otra. Pertenecen a la misma especie, puede que se estén apareando. Son de un verde esmeralda semejante al tronco y las hojas de la planta en que se hallan. Están inmóviles, poniendo en práctica el arte instintivo del mimetismo. Comprendo el dicho llanero: al que lo ha picado macagua, cuando ve bejuco tiembla.

Supongo que no son venenosas, pues sus cabezas no son triangulares, solo se delatan en el follaje por sus ojitos negros brillantes.

TABUCHE

Tengo una cámara con una gran lente y me detengo a captar una imagen. Alguien me advierte que hay una persona a mi espalda. Me doy vuelta. Es un viejo que desenfunda un arma. Le observo sin sorpresa. El viejo no hace nada, sigue su camino, simplemente se aleja.

Veó un perro gris, un perro de raza. Su cara es la de un foxterrier. En su lomo luce una protuberancia parecida a la aleta de un escualo. La raza se llama tabuche, me dice su dueño, quien sostiene al can con una cadena corta. Es un perro extraño que parece estar hecho para nadar. Lleva una quilla invertida en su lomo para romper el agua.

VANESSA WILLIAMS

Abrazo a una mujer entrañablemente. Ella viste una bata que la cubre por completo. Apoyo mi cabeza en sus senos grandes, almohadillados. La mujer me dice: «Te doy mi vida, mis ojos». La aparto, me retiro del abrazo. Ahora tiene otro aspecto, como si se tratara de otra mujer. No me sorprende. Su pelo es crespo como aclarado con agua de manzanilla. Verdeagua son sus ojos, dos pozos. Se parece a Vanessa Williams. Lleva unas botas de fieltro hasta las rodillas.

Está desnuda como Eva. Su carne es como porcelana, lechosa, hermosa.

Tiene un brillo tenue, como si su piel, no fuera piel.

PURÍN

Celebramos la fiesta de Purín, organizada por rabí Mordejai. Somos un grupo reducido en una gran sala, con mucho espacio como para 150 personas. Todos estamos disfrazados. El disfraz es parte del festejo. Hacemos ruido con las matracas cada vez que se menciona el nombre de Amán, el villano del libro de Esther.

Yo llevo un sombrero de vaquero y mi barba es negra como ala de cuervo (ya sé que este símil ha sido muy usado, pero me gusta mucho). Por supuesto, mi barba es falsa, hecha de fieltro.

Al fondo del salón, alguien toca música hebrea con una guitarra. Ese alguien puede que sea yo.

EL GLOBO AMARILLO

El tiovivo da vueltas al son de una musiquilla insoportable. Una voz chillona de payaso emana desde un altavoz colgado de una torre: *Vea la asombrosa transformación de una hermosa mujer en una bestia peluda.* En la entrada de la tienda, está pintado un monstruo parecido al Abominable Hombre de las Nieves.

Papá me compra un globo amarillo y lo amarra a mi dedo. El globo tira hacia arriba como si quisiera arrancarlo.

Voy sobre los hombros de papá. El hilo corta mi carne. Me fastidia. Me saca el hilo y el globo se aleja. Grito y señalo el globo fugitivo con el dedo aún marcado por el hilo.

Nada se puede hacer. No hay salto humano que lo alcance. Es una sensación absurda de vacío en mi estómago, una sensación de pérdida. ¿A dónde va? ¿Llegará hasta el techo del cielo? Papá me aclara que el cielo no

tiene techo. ¿Y eso negro donde están las estrellas y donde está colgando la luna, no es un techo? No, no es un techo, responde papá. El cielo es infinito. ¿Qué es el infinito? Papá se esfuerza por hallar una respuesta para mi edad: El cielo no se acaba nunca, el globo subirá y subirá hasta que no lo podamos ver más. ¿Ves? Cada vez es más pequeño: eso es el infinito.

No lo puedo entender. Es un concepto aterrador. Una distancia inimaginable e incomprensible. Siento angustia. Un desesperante vacío de caída invertida. Un vértigo ascendente y vertical. Eso de subir por siempre sin nunca alcanzar un punto definitivo es escalofriante.

Siento que soy el globo amarillo. Lucho contra la ingravidez de mi cuerpo. Tengo mucho temor a pesar de no haber entrado en la carpa del Abominable Hombre de las Nieves. No es para menos: el cielo no tiene techo.

Tengo ganas de llorar.

MOISÉS

Levanto la vara. Mi barba se agita con un viento del norte llamado Zafón, que sopla toda la noche.

El mar comienza a separarse en dos grandes bloques rojos semisólidos que parecen hechos de temblorosa gelatina. Contemplo el milagro de la división. El agua se escurre. Sobre el fondo marino saltan peces moribundos. Hay un camino repleto de conchas y caracolas que hieren los pies desnudos. Ha ocurrido como cuando el agua se va por el desagüe de la ducha de mi casa.

El lecho marino se ve limpio, arenoso. Veo la panorámica desde otro ángulo.

Todo parece una maqueta pequeña.

PÁJAROS EN MI COCINA

A mi cocina han llegado pájaros. Entran por las ventanas y vuelan entrampados, buscando algo. Es un fenómeno que nunca antes había ocurrido. El pajarillo pardo-verdusco que entró hoy, parecía un colibrí más grande de lo normal. Su vuelo emulaba un helicóptero. Se podía mover hacia atrás o hacia adelante mientras agitaba velozmente las alas. Varias veces se posó sobre el colador de manga del café. Parecía atraído por el aroma de la borra. Esto me ha hecho sospechar del café que consumo. Me parece que no es un producto confiable y puede estar adulterado. Deben haberle agregado algo para rendirlo, algo proveniente de alguna fruta, porque muchas mosquitas de las llamadas *Drosófilas* (moscas de la fruta) se acercan cuando lo huelen.

En todo caso, he interpretado como una señal positiva que un pájaro pardo-verdusco entre a mi cocina

y revoletee extraviado. El efecto que ha dejado en mi espíritu ha sido semejante a presenciar la aparición de un ángel.

Es algo hermoso un ave que se posa sobre el colador del café, que vuela entrampado y no puede salir de mi cocina.

VENTISQUERO

La cabaña que me alberga resiste el temporal y el paso del tiempo. A pesar del frío, abro la puerta al ventisquero y me quedo pétreo de helio y de hielo. Los afilados copos como de vidrio molido se ensartan en mí. Son resplandores, partículas de espejos sobre mi abrigo. Mi bufanda se agita como una bandera en la luna (aunque parece que no hay brisa en el satélite de la tierra).

Aúlla como un perro, como un lobo, el ventisquero.

El blanco temporal parece resquebrajar la piedra antigua de mi cabaña. El ventisquero apaga el fuego que me abraza. Los alrededores de la montaña se desmoronan.

No temo al frío, ni a la nieve, ni al ventisquero.

Le doy la bienvenida. Abro la puerta y todo se vuelve blanco.

TEOLOGÍA

¿Dónde está Dios? ¿Tiene manos? ¿Tiene pies? Yo no lo veo. El niño está asomado en el balcón mientras mira el cielo de la tarde. «Dios, por favor entra a esta casa» —dice con desgarro—. Su padre explica «Hijo, Dios vive en nuestros corazones». «¿Dios me escucha, papá?» —pregunta el chico—. El padre asiente lentamente con la cabeza.

El niño levanta la vista, mira el cielo y pregunta, «Dios... ¿Tú me amas?».

El padre está a punto de soltar las lágrimas. «Papá, yo sé que Dios está en una nube negra, cuando cae la lluvia, de noche». «Papá, ¿Dios me escucha?». «Sí, hijo, Él oye nuestras oraciones. «Papá, ¿Dios tiene papá y mamá?». El padre sonríe. ¿Cómo explicar el complejo concepto de Dios? Grande, Eterno, Invisible, No creado. El pequeño se queda cabizbajo, hundido

aparentemente en una prematura crisis espiritual. Parece estar frustrado o triste.

«¿Qué te pasa hijo? ¿Qué tienes?». «Nada, papá, estoy hablando con Dios».

JOE COMPRÓ UN BASTÓN PARA CIEGOS

Un hombre está exhibiendo a un pequeño monstruo en la playa de un estacionamiento. Es grueso, peludo, grisáceo, parecido a un oso perezoso. Le pregunto al hombre qué clase de criatura es. Por respuesta solo me dice que estuvo a punto de morir ayer. ÉL, no la criatura. Debe ser, un ser interplanetario. No se trata de un animal porque camina erguido en dos pies.

Alguien me dice que un tal Joe, con el tiempo, puede quedar ciego. Pregunto por qué. Una voz imprecisa me contesta que se trata de alguien ególatra que se complace frente al espejo. «Esa no es una razón para tal aseveración», pienso. Luego la persona me dice: «De tantas cosas que pudo comprar en la tienda de antigüedades del barrio chino, eligió un bastón extensible de los que usan los invidentes».

Veo al tal Joe. Lleva lentes oscuros y se pavonea frente al espejo como un actor de cine.

EL ZORRO

El recuerdo es confuso: son imágenes trasnochadas. El gigante se inclina y dice sonreído «El doctor tiene que sacar a tu hermanito de la barriga de mamá». El niño no comprende, pero mira la panza descomunal. El niño la toca. Es dura. Mamá sonríe. Se nota cansada. Hoy el gigante está más cariñoso que de costumbre. Le ha traído una sorpresa: es un juguete que él no esperaba. El hombre hurga en sus bolsillos y extrae una bolsa ruidosa de celofán que contiene dos figuras de plástico. El gigante huele a taller mecánico y a sudor y su uniforme está impregnado del olor de la fábrica. El niño está feliz con el regalo. Se trata de su héroe de televisión: *El Zorro*, por quien luce todo negro, mientras su caballo es completamente blanco. Aunque el niño no reconoce muy bien los colores, algo parece no concordar. En la serie de TV, el Zorro va vestido de oscuro y su caballo también es una sombra. El color blanco del animal de

juguete le desconcierta. El niño puede montar y desmontar al Zorro, pero pronto se frustra al ver que es rígido y que su capa no se mueve. El Zorro se mantiene sentado. Si lo desmonta, El Zorro no se queda de pie sobre el piso, sino cae como un soldado herido.

El gigante, junto a mamá, se han marchado al hospital. La noche llega. El niño no tiene miedo, pero se pregunta cómo sucederá. Su abuela y sus hermanitas están cerca. El niño finalmente se rinde sobre la almohada.

En *su* sueño, aparece un médico enano con bata hasta los pies y le sigue un caballo blanco con El Zorro a cuestas. El médico es semejante a un dibujo animado; parece una caricatura algo siniestra. El médico enano está escalando una gran montaña. Increíble, se trata de la barriga templada de mamá. El enano lleva una pala y con ella hace un corte cuadrado como quien pica un pastel. El enano extrae un taco de carne lo suficiente grande para meterse adentro. Arroja a sus espaldas paladas de carne molida y roja que el caballo traga como si fuera pasto. No hay rastro de sangre, pero todo está húmedo y colorado. No veo al Zorro por ningún lado. Ha desaparecido de la escena de *mi* sueño.

El médico enano descubre un tesoro muy al fondo de mamá. Es un bebé diminuto que cabe en la palma de la mano.

CORNUCOPIAS

Siento temor por mi reflejo en la luna del espejo. Esa superficie pulida me disocia porque rompe el argumento de la realidad. ¿Soy ese sujeto? ¿El que me escruta desconfiado y repite de forma invertida cada uno de mis movimientos? El pobre está atrapado bajo el cristal y percibe el mundo desde lo opuesto.

La cornucopia es un lienzo que reproduce todo: una pintura viva y en medio, habita un sujeto que se mofa. Emerjo de una nube tras la ducha. Rasgo la humedad que lo empaña y aparezco del otro lado. Me enseña los dientes. Hoy colecciona un surco profundo en la frente y tiene bolsas bajo los ojos. El surco es un estigma dejado por la preocupación. Las bolsas son señales de un sueño pobre. Es un individuo que atraviesa una crisis.

Voy a repetir un antiquísimo ritual, quitaré el rasgo que muchos hombres han intentado borrar siempre.

Ironía. Los velludos quieren ser lampiños y los lampiños atesoran esos cuatro mosqueteros en el mentón.

Me remonto hasta el homínido más desarrollado de la especie, el ejemplar que se convirtió en *Homo Sapiens* al descubrir el corte quirúrgico de una obsidiana, y la pasó rasante sobre su rostro, despejando una maraña de pelos.

Voy a exponer mi cuello palpitante en manos del sujeto que me observa. La cuchilla es nueva. Es como un *quitanieves* que deja un sendero limpio. Se lleva el cañón renuente junto a la espuma mentolada. Mi doble me ayuda. Sin su reflejo, estaría perdido, adivinado al tanteo las islas de vellos que van quedando. Mi piel arde. Me detengo en la hondonada del mentón donde está el hoyuelo difícil. Con la ayuda de mi doble, lo dejo limpio. Desciendo por su cuello, o acaso sea él quien desliza la hoja por mi garganta. Si envejezco, él será el primer afectado. Soy derecho; por supuesto, él es zurdo. La única diferencia.

A pesar del desconcierto que me producen los espejos, puedo vivir una vida casi normal, si ignoro la realidad del otro lado del vidrio. Pero hay días cuando me siento susceptible. Días, cuando me asalta el terror por las cornucopias. Entonces, me alejo de los charcos de lluvia y me retiro de las vitrinas. Huyo de mi retrato en los lentes oscuros de un agente de tránsito que me detiene por infractor (justamente por no querer usar el retrovisor al dar marcha en retroceso).

Ya casi he terminado. He borrado la mancha que me envejecía. Sonrío. Mi gemelo no lo hace. Es algo aterrador ¿No es cierto? Una extraña disociación. Nunca antes me había ocurrido; sin embargo, la cadencia de mi propio corazón me recuerda que somos uno. Por primera vez, es él, quien se siente indefenso. Está aterrado.

Tanteo mi cuello para comprobar si hay algo viscoso y caliente escurriendo, pero todo está perfecto.

El sujeto atrapado tras la superficie pulida de la cornucopia me mira aterrado. Sus ojos están desorbitados. Un hilo colorado le circunda el pescuezo y una espesa gota carmesí está empezando a brotar.

A 15 MIL KILÓMETROS DE DISTANCIA

A los héroes y mártires olvidados del insólito Batallón Colombia¹

En toda familia hay secretos. Pero ahora todo se esclarece. Otoniel había sido un enamorado de mamá antes de que ella se casara con nuestro padre.

Otoniel es imberbe y apuesto, mira a mí madre y rien apenados, ambos tienen el corazón descompasado. Están sentados a cierta distancia en una casa de paredes de barro. Conversan pocas palabras bajo la supervisión de un adulto.

Otoniel le escribía larguísimas cartas. Tal vez pensaría casarse con ella, pero entonces estalló la guerra. ¿Qué tiene que ver una guerra tan lejana con un pequeño pueblo de la costa? Nada. He ahí lo absurdo. Colombia

1 El Batallón Colombia, fue un batallón de infantería del ejército colombiano que sirvió con el Comando de las Naciones Unidas en Corea del Sur. Fue la primera división militar colombiana en combatir en Asia y sirvió junto a la Séptima y la Vigésimo quinta divisiones de la Infantería de Ejército de los Estados Unidos durante la guerra de Corea. Prestó servicio desde 1951 hasta 1954. De los 5.100 soldados colombianos que participaron en ese conflicto 163 perdieron la vida. Colombia fue el único país latinoamericano que envió un batallón de combate al conflicto.

fue el único país en enviar un pelotón de apoyo. Otoniel debía tener menos de veinte años.

Lo vieron alejarse agitando su mano en la despedida. Dedicó una última sonrisa a mamá antes de perderse con el talego al hombro.

Lo imagino rodeado de sus paisanos. Cada quién, jactándose de sus amoríos, presumiendo, hablando pendejadas, jugando a ser hombres, ocultando el temor.

Otoniel enciende un Piel Roja apestoso a tabaco aún cuando tiene a su disposición elegantes cigarros americanos. Está sentado sobre su casco de combate, va ataviado con un uniforme que no representa a su país. Se ve melancólico. Saca de su billetera el retrato de mamá. Suspira mientras fuma y escribe.

Las cartas de Otoniel no llegaron, se extraviaron como mariposas tratando de atravesar el océano, pero mi madre se consolaba relejendo las que él escribió antes de marcharse.

Los titulares de la prensa lo notificaron. La versión explicaba que al repeler una emboscada durante el patrullaje nocturno, el soldado había sido alcanzado.

En mi sueño lo veo de forma muy nítida. Es semejante a una visión cinematográfica.

Su grupo respondió, pero dieron la orden de retirada. Otoniel había sido herido y no pudo ser rescatado. Entonces fue rodeado por hombres de ojos oblicuos quienes hablaban raras cacofonías, sonidos martillantes, como maullidos de gatos. Estos hombres en realidad nunca fueron sus

enemigos. Fue despojado de su armamento, hurgaron en sus bolsillos y hallaron como trofeo los cigarros Piel Roja. La fotografía de mi madre cayó a tierra y se confundió con la hojarasca. Su cuerpo quedó sembrado a quince mil kilómetros de distancia.

Mamá conservó aquellas primeras cartas de su amorío, aún después de estar casada. Un día mi padre la sorprendió. Enojado, la obligó a deshacerse de ellas. Mi padre sabía que era imposible competir con el recuerdo agigantado de un difunto.

Veo a Otoniel. No tiene forma definida. Es como la brisa, como una bruma que me es familiar y que flota sin pies en medio de la nada. No le conozco, pero sé que es él. Siento una pena terrible. Recibo una visión esclarecedora de los hechos. Una ráfaga de balas sacude su cuerpo. Lívido, exhala un último pensamiento para mi madre.

Desde ese mismo instante comienza mi vida como una extraña preexistencia. Aún cuando mamá y papá no se han conocido, soy una posibilidad, habito contenido en una gota de semen de mi padre.

¿A dónde irán las almas de los caídos en combate? ¿Se les depara algún tipo de consuelo? ¿Alguna medalla al valor otorgada en algún punto distante de los cielos? Me pregunto si la conciencia de Otoniel puede resistir el tiempo y conservar las memorias, si puede acordarse de mamá. Si acaso ella, ahora con el cabello blanco, todavía lo recuerda. ¿Pude haber sido su hijo? Es decir, De no haber fallecido en la guerra, ¿Sería yo, el que soy hoy? ¿Existiría

la posibilidad de ser el mismo espíritu que ahora soy, pero revestido de los rasgos refinados que él poseía, en lugar de los atributos de mi padre? Es una extraña paradoja, lo que no fue, no será, porque, simplemente, no puede ser.

Ha transcurrido una distancia muy grande y hoy despierto llorando como si estuviera presente en el campo de batalla. Como si su sangre fuese pintura fresca. Quisiera poder expresarle mi gratitud por la magnitud de su sacrificio.

—*Eres Valiente* —digo atemorizado—. *Te perdono por no poder cumplir tu promesa de regresar. Gracias por tus largas cartas y por haber amado tanto a mi madre. Descansa en paz, soldado.* —Hablar con un fantasma nunca debe haber sido una tarea fácil. ¿Qué palabras escoger? ¿Cómo hablar a la nada? ¿Debo acaso esperar la respuesta del viento? Avergonzado, con dudas, expreso.

—*Papá también te lo agradece. Si no fuera por él, yo no estuviera hoy aquí.*

Otoniel va perdiendo forma. Desaparece como una mancha sumergida en lejía. Su rostro tenso y atormentado por la guerra, se relaja; poco a poco aparece una sutil sonrisa. Parece experimentar paz después de muchos años de agonía.

Firme ante él, le saludo militarmente y me santiguo escalofriado.

FANTASMA ENAMORADO

La atemorizante figura de Sir Henry Morgan es casi transparente. Su mano sana descansa sobre la empuñadura de su espada, responsable de cientos de decapitaciones. En su frente tiene una arruga similar a una cicatriz. Nadie conoce su secreto, pero Morgan es un fantasma que aún *pena* en altamar después de cuatro siglos, pero no por sus crímenes de guerra. Anida un dolor en su corazón. Inconsolable, el pirata sufre por una eterna pena de amor.

Sobre su hombro lleva un asombroso pájaro que ostenta el color de la hierba del Caribe, un ave que puede hablar. Cuando el pájaro lo hace, el rostro del pirata cambia, sonrío y la arruga de la frente desaparece. La criatura lleva por nombre *Rita Watford*, como la chica de ojos azules que le brindó el primer beso en su natal Gales y le inspiró sus iniciales y torpes sonetos. Tenían

trece años cuando se juraron amor, hasta que un hecho terrible truncó el idilio. Morgan fue secuestrado en Bristol y vendido como esclavo en las Bermudas. Se convirtió en un desalmado, un personaje de leyenda, el pirata más temido de la historia.

Rechina la cubierta por el taconeo de su pata de palo. Su navío destartelado y neblinoso huele a pólvora. En lo alto ondea la bandera de la muerte. Morgan intenta hacer hablar a *Rita*. El ave se niega y ladea la cabeza, observa al pirata desde la perspectiva de un solo ojo.

Dame un besito Rita, por favor, ¡anda preciosa!

Curiosamente, Morgan no suplica en su idioma. Tiene un fluido castellano gracias al intercambio con sus prisioneros hispanos y caribeños. Deja caer con desdén el brazo terminado en garfio. *¿Para quién habrán sido sus besos y aquella mirada azul que tanto se me parece al mar?*

Morgan es un fantasma enamorado y triste. *Rita*, finalmente, imita el chasquido de un beso. Morgan sonrío y la arruga de su frente desaparece.

UN EXTRAÑO AVE DE RAPIÑA

Rubén había ido de cacería y regresó con un ave difícil de identificar. Lo había bajado de una pedrada, pero no se conformó con matarlo. Le ató las patas y echó a correr arrastrando al animal contra el pavimento. Iba del poste de la esquina hasta el abasto de *Manuele*. Era un gran espectáculo y pronto tuvo lo que quería: público. Los vecinos se preguntaban qué clase de ave era. Tenía que ser de rapiña por el pico, por las garras y sobre todo por el tamaño. Tenía un penacho de plumas blancas, el resto del cuerpo era negro. Era una terrible crueldad hacerle eso aunque estuviera muerto. Por increíble que parezca, nadie le recriminó, ninguno lo confrontó. Así éramos, indolentes como Rubén. Esa era la forma de exhibir su triunfo, su puntería, su extraño animal cazado. La travesura nos sacaba del tedio y el bochorno de la tarde era algo nuevo y distinto.

Las plumas se desprendieron y quedaron regadas a lo largo de la cuadra. Cuando Rubén ya no podía por el cansancio, decidió desatarlo. Le tomó algunos minutos. Lo hizo con pulso tembloroso por el agotamiento. Probablemente haría una sopa con él. El ave tenía el pico entreabierto, la pupila contraída, el elegante penacho sucio y despeinado.

De pronto la criatura se sacudió. Rubén se echó hacia atrás. La calle se llenó de exclamaciones. Aprovechando la sorpresa de su verdugo, el ave se incorporó intuyendo que tenía una mínima posibilidad. Sacudió las alas con el poco plumaje que quedaba. ¿Qué pájaro podía soportar una pedrada? ¿Qué animal podía sobrevivir después de ser arrastrado una y otra vez contra el pavimento? Uno muy resistente, uno muy raro, uno desconocido.

Echó a volar. Rubén estaba muy confundido, tenía una mueca de horror. Un graznido se oyó en la lejanía. Algunas plumas todavía flotaban. Todos miramos las nubes teñidas del ocaso. Parecía el telón del juicio final.

OJOS DE BÚHO

Se trataba de un mal sueño, otra pesadilla, aunque no podía recordar nada. Pasó su mano por el rostro y frotó sus ojos. Observó una mancha difusa sobre la pared que le extrañó. Extendió su brazo hasta la mesita de noche, donde al tanteo halló sus anteojos. Tras colocárselos, descubrió que contra la blancura del muro se recortaba una mariposa hermosa pero aterradora.

Su infancia se había visto marcada por los más variados temores, pero jamás imaginó que a su inventario agregaría uno nuevo. Su padre le había llevado una tarde a Michoacán cuando iniciaba la llegada de las monarcas. Lo que al principio le pareció un bosque en llamas, resultó ser un enjambre espantoso de mariposas. Desde entonces tuvo pesadillas en las que sufría una agonía brutal donde miles de monarcas entraban por su boca asfixiándolo.

La mariposa que resaltaba contra la pared de su habitación era absurdamente grande. El hombre salió lentamente de la cama evitando hacer algún movimiento que precipitara su vuelo. Descorrió el cristal de la ventana con cautela para que el insecto pudiera escapar. Se dirigió al cuarto de baño que tenía dentro de su habitación. Tal vez, después de una buena ducha terminaría de despertar totalmente. Dio la espalda al insecto con la sensación de que tras él, un experto cuchillero de circo, hubiese lanzado un puñal envenenado. Tenía la esperanza de que el espejismo desapareciera. Todo estaba herméticamente cerrado a causa de la polución. ¿Cómo había entrado? Algo fallaba y se inclinó a creer que estaba atrapado de forma increíble en la espiral de un doble sueño.

El hombre se tardó lo más que pudo, y al emerger de entre los vapores del baño, se encontró con que la mariposa ya no estaba en la pared, sino que se había posado con las alas abiertas sobre la puerta, truncándole la posibilidad de salir de su propia habitación. Era extraño, pero ahora lucía más grande y, de forma increíble, su diseño también parecía haber mutado. ¿Acaso era otra? ¿Eran dos? El terror también se duplicó. Ésta era oscura, de un color pardo con tenues vivos azules y un diseño que simulaban dos ojos de búho que parecían mirarlo.

El sujeto se vistió como autómatas. Tomó sus zapatos, pero no llegó a calzarse. Se quedó mirando la ventana considerando una idea descabellada. Llegó a

la conclusión de que el tamaño del insecto se debía a efectos radiactivos. Los bosques estaban a punto de desaparecer, pero aún la monarca seguía escapando del invierno y se colgaba en impresionantes racimos que amenazaban con derribar los árboles.

El hombre dedujo que su única oportunidad era salir por la ventana, caminar por el filo de la delgada cornisa e introducirse por la ventana de la sala. Imaginó que la mariposa escaparía cuando le viniera en gana.

Asomó la cabeza y observó la ciudad. La brisa contaminada le dio de lleno en el rostro. Sin tiempo para arrepentirse, aún húmedo por el baño, salió por la ventana y descubrió que coqueteaba con el vacío. Sus pies desnudos descansaron sobre el minúsculo borde. Inició la caminata con una sensación extraña. El vacío también constituía un temor primitivo. Afincado en el precario borde, en tensión de brazos y piernas, alargó un paso hacia una saliente, cercana y lejana al mismo tiempo.

Desde abajo venía ascendiendo una nube de monóxido y el sonido amortiguado del tráfico, cuando la mariposa decidió iniciar un vuelo que resultó errático e impredecible. El insecto salió por la ventana y se posó en la pared externa del edificio a centímetros de donde se encontraba el escapista en una posición casi insostenible. Parecía una broma de mal gusto: la mariposa le perseguía.

Los ojos de búho lo observaron unos segundos antes de sentir el vacío. No le pareció una caída, sino un

vuelo, como si flotara. En pleno descenso, recordó un fragmento del sueño que le había sido esquivo: Cientos de mariposas amarillas le transportaban en vilo. Al menos, no se introducían en su garganta. Rasgando el aire a manotazos, tuvo tiempo para pensar que estaba viviendo la última pesadilla de su vida. La ciudad se acercaba a él con vértigo y no hubo detalle que se le escapara. Había llovido y notó el pavimento mojado. Una señora sacaba a pasear un perro. Vio un jardín con un césped maltrecho y quemado y el detalle del metal pulido de la verja que delimitaba el jardín. En cada barra afilada, vio gotitas que semejaban perlas que reproducían en miniatura su propio reflejo aproximándose con velocidad.

Sintió un crujido como si dos lanzas le hubiesen traspasado. Se quedó esperando el choque, pero seguía suspendido como una marioneta.

Algo eclosionó de su espalda. Dos enormes abanicos de celofán habían rasgado su carne a la altura de los omóplatos. Un par de alas con un extraordinario diseño. Ojos de búho. Una tenue brisa lo envolvió. Alas salvadoras que aleteaban suavemente.

GUITARRA ENVUELTA EN CANDELA

Todo se sacude y el equilibrio se hace precario. Lo que era arriba, ahora es abajo, como la máxima del Kybalión. Todos corren. Unos se resguardan, como dice la norma, bajo los dinteles de las puertas; otros, bajo mesas o camas. Yo, en cambio, tengo un pensamiento egoísta e ilógico. ¿Quién dijo que los sueños obedecen a un coherente argumento? Busco con la mirada mi guitarra. Cuelga de un clavo en la pared y oscila como el péndulo de un reloj. Camino dando tumbos como un borracho. Justo antes de tomar el instrumento, la guitarra se prende en fuego. Está ardiendo, pero no se consume. Las cuerdas están intactas a pesar de ser de nylon.

Me siento en un pequeño banco de madera que me espera en medio de la sala como si se tratara de un escenario. La estructura colapsa, las columnas de metal que

sustentan el edificio se doblan como barras de chocolate derretido. Rasgo la guitarra. El sonido es poderoso; compite con el ronroneo que sale del fondo de la tierra. Las fusas, semicorcheas y otras figuras salen disparadas como proyectiles desde el agujero incandescente de mi guitarra. Combato el terremoto con una bazuca llena de síncopas. Las cuerdas vibran, armonizan el caótico momento. La tierra deja de sacudirse. El fuego de mi guitarra se apaga. Ni siquiera huele a humo.

REGALO DE EMANUEL

Se tornan borrosas las luces del pesebre.

Estoy anclado a mi cuerpo por un cordón umbilical hecho de luz. Me agito con suavidad como las mantas puestas al sol en los tendederos de los balcones. Un letrero se presenta ante mí. «La puerta está cerrada con llave». Estoy frente a una puerta muy alta. A pesar de lo alta, la cerradura y el picaporte están a la altura de mi cabeza. Fisgoneo. Es un ámbito inmenso donde se desplazan burbujas. Son arcángeles que combaten y vuelan. La puerta se pierde en las alturas. Me doy cuenta de que estoy pisando la superficie esponjosa de un trozo de niebla.

Veó otro letrero. «En primer lugar, hará entrada un camélido, antes que lo pueda hacer un hombre adinerado...». Eso significa que algún tipo de riqueza me prohíbe el paso. La puerta tiene forma de aguja.

He regresado a la edad de cinco años, o tal vez menos. Rebusco en mis bolsillos, algo debe servirme. Comienzo sacar cosas: un caramelo derretido, un soldadito de plástico que ha sido mordisqueado por mi perro, una pelota, un silbato y mis canicas. Por fin, al final de ese bolsillo, está un camello de plástico algo defectuoso en sus patas. Lo he robado del pesebre de mi abuela. Soy rico. Tengo muchas cosas.

A mis espaldas aparece un columpio. Hace un momento no había nada, pero ahora comienzo a balancearme. Veo el cielo y luego la tierra en un vaivén de vértigo. Estoy hecho de viento. Vuelo hacia la cerradura. Mi camello es perfecto. La cerradura es un orificio que reproduce las jorobas del animal. Me alegra haberlo robado.

Mi nieto Emanuel me despierta. He tomado demasiado vino. Comienzo a enfocar los colores del pesebre nuevamente.

—Abuelo, ¿Qué regalo vas a pedir? —Medito algunos segundos.

—¿Ves el pesebre?

—Sí

—Es una larga tradición. Yo disfrutaba mucho el pesebre cuando tenía tu edad.

—¿Tenías un pesebre?

—Así es, Emanuel. Mi madre lo armaba cuando yo estaba pequeño. Me gustaban las figuras, pero a ella no le agradaba que las tocara.

—¿Ves aquella casita blanca en la colina? Hay un camello que es más alto que la casita. Tu abuela tuvo que recostarlo de ella porque no puede mantenerse de pie. ¡Querido Emanuel, deseo justo ese camello!

—¿No quieres otro?

—Es perfecto

—¿Por qué, abuelito?

—Tiene dos jorobas

—¿Y los otros?

—Tienen una sola joroba, son dromedarios. Yo necesito uno que tenga dos jorobas.

—¿Para qué lo quieres?

—Porque no solo es un camello, también es una llave que abre una puerta muy importante.

—No entiendo.

—Emanuel, alguien me dijo que un camello puede entrar por el agujero pequeñito de una aguja, pero que un hombre rico no podría entrar a los cielos. Soy rico, contigo lo tengo todo. No imaginas lo rico que soy. Por eso, me tengo que despojar de tanta riqueza.

—¿Estás seguro, abuelito?

—Debo estar preparado, probablemente esta noche tenga que abrir esa puerta, pero quiero que sepas, pase lo que pase, que te amo. Soy un hombre muy viejo, querido Emanuel, soy un hombre muy viejo.

—Te amo, abuelito.

—¡Yo también te amo! Anda, no pierdas tiempo, ve y roba ese camello para mí. ¡Necesito la llave del Reino de los Cielos!

EL MITO DE LA CAVERNA

Me había separado del grupo cuando me sorprendió la lluvia. Regresé y me refugié en la caverna. Trataba de acostumbrar mis ojos a la oscuridad cuando noté una silueta que también se introducía. Me puse en alerta, pero de inmediato me relajé. Era una de las chicas del grupo.

—¿Dónde está el resto? —pregunté. La chica se sobresaltó y agudizó la mirada hasta descubrirme.

—No sabía que estabas aquí. Me has asustado.

—Lo siento. Creí que me habías visto.

—No, no te había visto. El grupo ya debe ir lejos. En algún lado deben estar guareciéndose.

Encendí la linterna. Su sombra agigantada se proyectó contra las rocas. El cabello se le había vuelto tirabuzones por la humedad y escurría agua como una fuente. La lámpara la encandiló y contrajo el seño. Era curioso. Ni siquiera la había detallado estando en el

grupo, ni le había dirigido la palabra, pero ahora me parecía muy guapa a pesar de su baja estatura.

La temperatura empezaba a descender. La chica se sacó la camiseta sin prejuicio. Dejó al descubierto un sujetador de encaje blanco tras el cual se adivinaban redondos pechos. Exprimió la camiseta. Para mi asombro, procedió a bajarse el corto y deshilachado pantalón. Ver a una mujer desnudarse siempre es un espectáculo, pero ella parecía hacerlo por razones prácticas: lo hacía para no enfriarse. Quedó en una diminuta pieza. Sus glúteos eran dos rocas y sus muslos brillaban húmedos. ¡Hermosa, realmente hermosa! No se quitó las botas. Yo temblaba aunque que ya no podía saber si de frío.

La imité. Me quité la camisa y la retorcí a pesar de que me había mojado muy poco.

—Tienes manos grandes— dijo con una sonrisa. Aquella frase levantó mi orgullo. Mis pantalones pesaban al deslizarlos. Mi situación se hizo evidente. Una parte de mí parecía a punto de estallar. La chica se me quedó mirando y se estremeció como alcanzada por una corriente de aire.

—¿Tienes fuego? —preguntó tiritando.

—Fósforos, pero están mojados. —mentí. Hubo un largo o corto silencio, no lo sé. Luego dijo.

—Va caer la noche. Tenemos que hacer algo si queremos sobrevivir.

Sonaba lógico. Tras un intercambio de miradas, la pequeña chica se acercó y quedó frente a mí. Mi

respiración era profunda. Sobrevino un momento de incertidumbre. La chica dio un salto y cayó a horcajadas en mi cintura. Se amarró con sus piernas haciendo una llave para no caer y rodeó mi cuello con sus brazos. Sorprendido, la sostuve por los glúteos. Intercambiamos el vapor de nuestros alientos.

Afuera cayó el rayo en medio del frío y la niebla. Dentro de mí estalló el calor. La linterna rodó y proyectó nuestras sombras. La silueta de nuestros cuerpos unidos semejaban un minotauro en la pared rocosa.

TUAREG

Las dunas quemaban como si la lengua de un dragón hubiese lamido la arena. El joven tuareg caminaba bajo la sombra del animal usando su gigantesco cuerpo como pantalla. Jasid se alegraba de contar con su camello. «Nosevende», era un hermoso ejemplar rojizo. Las muchas ofertas que recibiera de los mercaderes de Tombuctú, le tallaron el singular nombre. Cuando el Sahara se proyectaba como millones de ardientes dardos, los beduinos desaparecían entre sus ropajes, los camellos entrecerraban sus ojos y asistían pasivos a la lluvia de arena. Jasid comprobaba si «Nosevende» estaba intacto. Lo apreciaba un poco descolorido de sí mismo, con una apariencia de piedra, víctima de las incrustaciones del vendaval. El animal se incorporaba, se sacudía mostrando su codiciado color. Descorría los párpados y de sus pestañas caía una cascada de arena, dejando descubiertos dos globos inmensos que recogían

cada resquicio de luz del medanal. El camello parecía sonreír delicadamente a su joven amo.

El calor daba paso a la brisa anunciando la noche. El sol dibujaba sombras desproporcionadas con oscilantes jorobas y convertía en oro las dunas. Las noches se antojaban eternas, con un frío despiadado. La fogata arrojaba una mancha de luz que iluminaba el oasis durante la noche. Rebosaban las panzas y los corazones, dando lugar a las canciones. Era el momento para recrear las antiguas creencias.

Jasid seguía atento las voces de los viejos. Antiguas leyendas aseguraban que en el mismo lugar donde estuviera enclavado el mítico Paraíso Terrenal, se levantaba ahora una inexplicable extensión de calor llamado Sahara. Un querubín guardián velaba e impedía la entrada con su espada de fuego. El desierto no era otra cosa que una extraña puerta vedada a los malvados y solo permitida a los justos en el momento de la muerte.

Despuntaba el nuevo día y Jasid, como buen tuareg, no le incomodaban las más inhumanas condiciones. Para él, su camello era un pedacito de su propia vida, el mejor ejemplar de Tombuctú. «Nosevende» era como un trago de agua fresca o invaluable centímetros de sombra. Una bendición a la que Alá había dotado de caprichosa forma. Una solitaria alegría en el desierto de su corazón. Con tal de que «Nosevende» estuviera a su lado, a pesar del sol y la arena ardiente, a Jasid le parecía que estaba en el Paraíso.

UNA PIEDRA COLORADA

La Montaña se erguía confiada y a su voz, todos desaparecían. “Alguien tiene que detenerla” —decían las criaturas a ras de piso. Entonces, en la playa del río, crecía un tumulto de incredulidad. Las rocas, las piedras y la arena, discutían. Una piedra ovalada y cristalina alzó la voz. «Yo la detendré». La piedra había pasado del cristalino a un rojo palpitante y todos creyeron que era de vergüenza. Por supuesto, ¿Cómo se le ocurre? Ninguna criatura puede hacerle frente a la Montaña y viene esta piedra insignificante a ofrecerse de voluntaria: una verdadera locura.

La Montaña dejaba a su paso destrucción, terror y muerte. La piedra no entendía por qué continuaba colorada, pero tras su indignación, sentía que un poder superior había descendido sobre ella. El corazón de la piedra estaba embargado de humildad. ¿Una piedra tan pequeña como yo? Ya no podía arrepentirse. Los

humanos, por su parte, también intentaban detener a la Montaña. Pero era cosa difícil disponer de algún valiente. Sin embargo, un niño se abrió paso entre la soldadesca y se armaba otro gran escándalo. Guerreros experimentados palidecían ante la Montaña, pero el niño también se había ofrecido ante el asombro de todos. Ya eran dos: la piedra y el niño.

Por su parte, el infante parecía enardecido y también se había puesto colorado. ¿Cómo hacer frente a la Montaña? —se preguntó. Comenzó a experimentar algo raro. En un parpadeo, tuvo un sueño realmente vívido. Se trasladó cerca de un gran templo donde presenció el breve discurso de un hombre. Era un maestro que caminaba seguido por doce hombres, mientras decía: «Si le ordenas a la montaña que se hunda en el mar y no tienes duda alguna, ella tendrá que obedecerte».

Ya no había tiempo. El niño corrió hacia la playa. Recogió cuatro piedras redondas y blancas; pero una en especial, pequeña, ovalada y roja, llamó su atención. Al tomarla, se percató de que ardía, quemaba. Era como un proyectil sagrado hecho de sangre. Cabía perfectamente en su puño y era cómoda. Entonces algo brotó de sus entrañas. Se apoderó de su brazo una energía desconocida. Gritó con todas sus fuerzas. La Montaña lo veía desconcertada e incrédula. ¿Un niño mi oponente?

La piedra comenzó a romper el aire a gran velocidad y aunque parecía errático el rumbo, tendió a corregirse en pleno vuelo. La piedra iba roja de coraje.
Se vino abajo la Montaña.

COQUETONA

Veo una yegua de fina estampa, hermosísima. Su cuerpo entero es de un extraño gris satinado. La cola y la crin, rubios y largos como el cabello de una mujer. Es extremadamente llamativa. Expele feromonas, un olor a sexo parecido a la leche hervida endulzada con miel que perturba y seduce. Ancas fuertes y redondeadas, pestañas largas, pescuezo templado, puro músculo y nervios. Debería llamarla «Coquetona».

Hay un concurso, una especie de sorteo o rifa en la que he resultado beneficiado: 153 el número ganador. El premio: la yegua. No quepo de felicidad. Hacía tiempo que no ganaba nada. Hoy me ha sonreído la fortuna. Abrazo a Coquetona por el pescuezo. Su cuerpo se estremece con saltos de su musculatura. Son los reflejos que sirven para espantar insectos. Le hablo al oído: «Soy tu dueño ahora». Meto mi mano en un saco de avena gruesa. Extraigo un puñado y se lo ofrezco.

Ella posa sus belfos y siento su áspera lengua sobre mi palma, provocándome un estremecimiento.

OMAR, EL RADIOTÉCNICO LOCO

Omar tenía un movimiento recurrente como si quisiera quitarse un mechón de pelo imaginario sobre los ojos. Su risa sonaba como metralleta. No sabía leer ni escribir; pero desarmaba radios y televisores, cambiaba piezas y hacía sonar artefactos que parecían muertos. Siempre le sobraban piezas. Mi padre decía que a Omar le faltaba un tornillo.

Omar encontró en el basurero de la Zona Industrial, un carrete de película y un proyector estropeado y sucio. Yo era su ayudante. Examinaba los trozos de película a través de la luz, pero no entendía las imágenes. Todos los cuadros me parecían repetidos. Por eso, al momento de unir la despedazada cinta, no nos esforzamos en ordenarlos: era imposible. Lo hicimos al azar, pues no sabíamos cuál era el principio ni el final.

Después de muchos intentos, logró hacer funcionar el aparato. Colocamos una sábana blanca y cerramos

las ventanas del rancho. No teníamos como reproducir el sonido, pero no importaba. Las secuencias no coincidían, la cinta daba saltos. Las imágenes contaban la historia de seres diminutos que vivían sobre la cabeza de un hombre. Eran seres humanos microscópicos. Cada cabello del hombre era del tamaño de una palmera. Sobre su cabeza existía un universo que ignoraba. Fueron segundos de proyección maravillosa, hasta que la cinta se reventó y todo comenzó a fallar.

El radiotécnico loco no pudo echarlo a andar. El proyector echaba humo, parecía derretido. Tuvimos que abrir las ventanas. Yo miraba atento e imaginaba que los seres diminutos en cualquier momento iban a abandonar el proyector para escapar del incendio.

EL HOMBRE JUSTO QUE REZA

El viejo enciende una vela. Danzan veintidós letras sobre el reflejo de los cristales de sus gafas. Son símbolos cuadrados del idioma hebreo, la lengua santa. El primer carácter, el Aleph, destella iluminado por sí mismo. Está trazado con tinta china sobre un rollo de piel quebrado, arrugado, como el rostro del propio sabio.

El viejo se detiene ante el texto que contiene el nombre sagrado e impronunciable. Es el Tetragrama sin vocales. «HaShem sea alabado». El sabio pronuncia con sibilante cuchicheo una oración eterna.

Acaricia su barba blanca y juega con sus guedejas. Medita en cada letra. Es un sistema binario, un universo. Son secretos diseñados y codificados por el estilete de un escriba invidente sobre un cuero carcomido por la termita del tiempo.

Hermosa caligrafía. El viejo traza el Aleph sobre un cuero nuevo con movimientos de espadachín. Su

estilete chorrea tinta. La brisa entra por una ventana cerrada. La llama de la vela se extingue por el susurro del Eterno, que lejos de apagar vidas, las insufla con su cósmica respiración.

«HaShem sea alabado por siempre», repite el justo.
Amén.

MONEDA MUTANTE

Sobrevolamos la selva. No sé, si soy yo el piloto. Veo la espesura de las copas de los árboles. Desde arriba, parece la vista de una coliflor gigante. Divisamos la pista de tierra arcillosa y roja: una cuchillada en medio del más intenso verde. Nos disponemos al aterrizaje. Los aborígenes amazónicos deben haber desbrozado la maleza a filo de machete. Un trabajo titánico que solo un tractor pudo haber logrado. Es una pista tan larga que podrían aterrizar dos aviones de forma simultánea conservando las distancias.

Desciendo de la nave. Estoy acompañado de un niño de unos doce años. Ahora veo un río a la orilla de la pista que no detecté desde el cielo. Pudo haber sido peligroso aterrizar con el caudal al lado. El río tiene grandes piedras que semejan huevos prehistóricos. Hay gansos blancos nadando, remontando la corriente, saltando como salmones. Alguien grita una palabra en

lengua indígena. Supongo que es la voz para designar al ganso. Un grupo de científicos o exploradores remonta el río con botas de cauchos e impermeables. Todos son jóvenes. Toman muestras del agua y sacan pequeñas conchas. Tienen un aparato que da lecturas químicas del agua. Una joven indígena, morena como una rama de canela, se da un clavado en el agua transparente. Mis pies chapotean y escruto el río en búsqueda de algo, aunque no poseo instrumentos. Detecto a simple vista un objeto que brilla por el sol. Saco una moneda dorada que lleva un escudo y un rostro al reverso. Reza: Bonaire. Es algo valioso, intento enseñar mi hallazgo a un joven sin camisa que se halla cerca; pero al hacerlo, la inscripción ha cambiado. Cuando la enseño, la inscripción ha cambiado. Él no me cree. La moneda ahora tiene una rara escritura que recuerda el sanscrito o el árabe. Sin embargo, puedo leer la palabra: *Balí*. Todos se asombran que parezca recién acuñada. Buscamos la fecha: no tiene. Estamos de acuerdo que debe ser una pieza antigua. La moneda sigue mutando. Ahora exhibe otro emblema, y el rostro de perfil es el de una mujer anciana con corona.

La moneda sigue cambiando. Necesitamos uno o más testigos. No nos van a creer.

PUPILAS VERTICALES

El hombre tenía pupilas verticales. Cuando sonreía asomaba unos colmillos que algunas veces le herían los labios o la lengua. Amante de los gatos, había llenado su apartamento con ellos. Los maullidos, los lamentos de las hembras en celo, los olores impulsaron la protesta de sus vecinos. Debió deshacerse de ellos con pesar; pero se consolaba yendo a ver los grandes felinos enjaulados en el zoo, a pesar de que la privación de la libertad de los animales le producía una duda incomprensible y dolorosa.

Por supuesto, había visto al jaguar antes; pero ese día le cautivó su caminar insonoro, su mirada dorada, su diseño que parecía recién pintado.

El jaguar le miraba como si estuviera arrobado por una presa. Debieron llamar su atención las pupilas verticales del hombre que semejaban la llama de una vela. El hombre olfateó el aire. Un cúmulo de información

nueva llegó a su cerebro. Se sorprendió. Supo que llovería. De pronto, el cielo emitió un foganazo, preludeo del trueno, y descendió una línea de luz quebrada que pareció caer en algún lugar del zoo. Las rejas de la jaula se magnetizaron de inmediato y parecieron humear. El hombre tocó con un dedo uno de los barrotes. Se estremeció. No, no estaba caliente, aunque lo parecía. Todo duró lo que dura un zarpazo, una mordida en la garganta. Un intercambio de aliento.

La criatura se estiró como saliendo de un sueño, como escurriéndose de una zambullida. El hombre no sabía dónde estaba, si dentro o fuera de la jaula. El animal enseñó los colmillos con un bostezo, mientras el hombre se hería de nuevo los labios. Un rugido sobrecogió al hombre. Era profundo, como emanado de una caverna, como si brotara de su propio pecho. Tenía la boca abierta y su respiración era fatigosa como si acabara una jornada de cacería.

El jaguar se paseaba de un extremo a otro con ansiedad. Del otro lado, el hombre, continuaba en el desconcierto. Decidió apartarse. Se alejó de las rejas con paso vacilante. Un nerviosismo excesivo se apoderó de él. Comprendió que seguir vivo dependía de su instinto. Examinó sus manos. Las llevaba en forma de garras. Las relajó sorprendido por la versatilidad del movimiento de sus dedos. Adoptó de nuevo la garra. Sus pupilas ahora eran dilatadas, doradas, redondas. Miró de nuevo hacia la jaula. El animal parecía

indefenso como un hombre al que colocan en prisión sin explicarle la causa. El hombre le dio la espalda. Observó el ir y venir de la multitud en el parque. Sentía que su figura era dinámica, poderosa, elegante. Sus músculos se tensaron. Creyó que podría desarrollar una velocidad asombrosa si se lo propusiera. Sin saber por qué, asumió la postura baja del acecho. Muchos padres paseaban con sus hijos. Eran cientos, grandes y pequeños. Iba a ser muy difícil decidirse por una sola presa.

LLUEVE DENTRO DE LA CASA

La palidez de la abuela llegó ser tan alarmante que mamá propuso asolearla con regularidad. Nunca decía nada, pues para ese tiempo casi no hablaba, pero parecía agradecerlo con un gesto parecido a una sonrisa. Un día, mientras tomaba el sol y nosotros jugábamos en el patio, el clima dio un giro repentino. Corrimos a guarecernos en la casa, pero descubrimos que la lluvia campeaba adentro. Nuestra casa era una construcción precaria de latón oxidado y tablas. El techo estaba minado de orificios de clavos. Allí donde había un agujero, teníamos una gotera o más bien una regadera bajo la cual poníamos un cacharro y la casa se llenaba de una extraña percusión que algunas noches nos arrullaba. Bajo las goteras colocábamos algunas plantas que mamá sembraba en latas de leche. Pero en esta ocasión, una fuerza descomunal abrió boquetes y despedazó ventanas. Las láminas de nuestro techo salieron volando.

Corrimos hacia nuestra madre como si ella fuese capaz de crear una cúpula impermeable, pero pronto tuvimos que huir igual que el resto de los vecinos. Intentábamos refugiarnos en una casa en el cerro que permanecía intacta, la única de ladrillos en todo el vecindario. Ya parecíamos estar a salvo, temblando de miedo y de frío, cuando mi madre, con sobresalto, recordó a la abuela abandonada en el patio. Salimos de nuevo bajo un cielo peligroso, surcado de planchas de cinc que amenazaban con decapitarnos. Si hubiese caído de la silla o una lámina hubiese aterrizado en el patio, la historia habría terminado en tragedia. Allí estaba la abuela, tiritaba. El agua le cubría los tobillos. Tenía la mirada ausente, pero aún conservaba la extraña sonrisa de Monalisa que mostraba cuando recibía el sol.

MATÍAS Y SU EXTRAÑA BICICLETA

La rueda trasera era un círculo de madera que rodaba de forma perfecta. Tenía adaptaciones ingeniosas que se insertaban en los engranajes de la cadena. El autor de este asombroso artilugio, no era un genio, sino un demente. *El Loco Matías*, un carpintero loco.

No sabíamos si era el color de su piel o la mugre que lo cubría. Lo blanco de los ojos resplandecía en contraste. Enmarañadas crinejas le daban un aspecto terrible. Llevaba sandalias que parecían hechas por él mismo. Entraba a nuestra bodega y siempre pedía un refresco de colita de a litro, un pan dulce grande y dos bolívares de mortadela o queso.

La primera vez que lo hizo, se lo dimos con temor. Parecía peligroso por la forma que reaccionaba con los niños que le molestaban. No íbamos a cobrarle, pero nos sorprendió. «¿Cuánto debo?» Buscó en el bolsillo y

contó las monedas exactas. Las depositó con su mano negra sobre el mostrador.

El loco aparecía de repente y hacía su pedido. Ya le teníamos preparado un vaso exclusivo. Con el tiempo le fuimos perdiendo el miedo, más no el respeto. El loco llevaba un reloj pulsera que tenía expresadas las horas en números romanos. Obtenía recursos de la venta de ciertos muebles creados por él. Desataba un banco de madera de la parrilla de la bicicleta y lo ofrecía. «Dame cinco bolos». Por temor, muy pocos se negaban a comprar la pieza.

Mi hermana Ángela quiso comprobar si se trataba de un demente o un endemoniado. Un día, mientras el loco degustaba su menú, mi hermana preguntó «¿Cómo se llama usted?» El loco comenzó a sentirse nervioso y tartamudeó. Ángela de nuevo preguntó. «¿Cuántos son ustedes?» La respuesta fue: «Somos varios». Matías comenzó a temblar. Se veía indefenso y aterrado como si lo hubiesen descubierto. Mi hermana prosiguió. «¿Ud. sabe que la Sangre de Cristo tiene poder?» El loco volcó el vaso y derramó el líquido. Pudo haber sido un simple accidente, una coincidencia, pero a continuación el loco, presa de los nervios, tumbó de un manotazo también la botella. «¡La sangre de Cristo tiene poder!» Gritó mi hermana. Matías dio medio vuelta y corrió desesperado a la bicicleta.

Nunca más se vio al loco pasar por la calle El Samán.
Iba a mil revoluciones la rueda de palo. Fue la única
ocasión en que Matías se fue sin cancelar.

VISITA A LA GALERÍA

Estoy en una pequeña galería de arte. Bajo algunos escalones, el piso de madera cruje. Un hombre viejo y bizco sospecha de mí. Me pregunta por qué bajo por una escalera que tiene tres peldaños. Le respondo que se me han desatado los cordones de los zapatos y que camino lento para no enredarme. Llevo conmigo un atado con libros. El hombre viejo y bizco que sospecha de mí, extiende el brazo y me ofrece una copa que parece de vino. Se derrama el líquido con el choque del brindis y ambas copas emiten un sonido como de cuenco tibetano. En el piso de madera, queda una mancha roja y pegajosa que semeja un brochazo.

El bizco se anima a enseñarme sus propias acuarelas. Son manchas elementales que parecen hechas por un niño. La mayoría de estos trabajos pretenden representar dinosaurios. Uno en particular es un dinosaurio que tiene cabeza de humano.

Me inclino para atar los cordones de mis zapatos, se trata de viejas botas montaÑeras que aún conservan sedimento de pantano y reminiscencias de muchas lluvias. Dejo sobre el piso de madera que cruje, mi atado con 7 libros. Uno de ellos resplandece.

CATANA O CIMITARRA

Tengo una larguísima espada de samurái: una catana con la que corto el aire produciendo un zumbido. Me muevo a velocidad de vértigo. Son hermosos movimientos. Es una danza energética semejante a deslumbrantes bandazos del pincel de un copista chino (¿o japonés?) al dibujar el ideograma de la palabra *guerra*.

Alguien me despoja de la catana y en su lugar, recibo un arma curvada, un poco más pequeña, que parece una cimitarra árabe. Sé que la espada no tiene filo. Es un ejemplar de exhibición que, sin embargo, puede resultar extremadamente peligroso.

Corto el aire, hago movimientos circulares, salto y me quedo suspendido.

TÉCNICA DE VUELO

Me parece que la técnica de vuelo es simple. Primero se debe iniciar una lenta carrera para luego incrementar la velocidad alargando los pasos con pequeños saltos. Al mismo tiempo, se deben mover los brazos como si nadara al estilo mariposa, alternado los brazos. Esto es una advertencia: nunca se deben agitar los brazos como hacen con sus alas los gorriones o los sinsontes porque podría ser ser peligroso, mortal. Yo recomiendo la técnica que posee el *conoto negro*, esa ave increíble del orden de las oropéndolas, parecida a un cuervo, con un pico que restalla de amarillo y que posee dos plumas áureas centrales en la cola. Esta ave es una flecha contra el viento.

Una vez que se ha alcanzado una velocidad considerable y se ha generado el impulso necesario, usted debe dirigirse hacia una colina que conduzca a un farallón

grande. Al no sentir nada sólido bajo los pies, debe suponer que ya está volando. Lo comprobará si siente ráfagas que le despeinan y le azotan la cara.

Cuando en estas instancias logre abrir los ojos, notará que abajo se abre un valle verde y que todas las casas y personas se ven muy pequeñas. Si a estas alturas (aquí la palabra *altura*, no se refiere a la altura del vuelo, si no al momento que se vive), usted no experimenta ninguna atracción brusca de efecto gravitatorio es porque se encuentra volando. Entonces experimentará un sentimiento parecido a la felicidad.

Las instrucciones para el aterrizaje son un poco más complejas.

REVELACIÓN

Yo solo puedo verlo. Aprecio con detenimiento las fibras de las plumas de sus alas. El animal intimidado, atemorizado, entorna la mirada. Se revuelve nervioso y resopla. La crin le cae en cascada. Los parroquianos pasan a su lado sin siquiera distinguirlo. Se encuentra atado a un poste de madera muy cerca de una cantina al estilo del viejo oeste norteamericano.

No entiendo por qué la bestia mitológica está aquí. Me alejo sin saber qué es lo que pasa. En el camino me encuentro con una mujer morena de feromonas exaltadas que camina como pantera. Me recuerda a Lesbya. Le cuento que una criatura lechosa está atada con un débil lazo a un poste de madera que no ofrecerá ninguna resistencia si decide salir volando. Ella me observa, pero parece no entenderme o prestarme atención.

Puede que sea un privilegio el hecho que solo yo pueda verlo. Es un gran símbolo. Un caballo es un animal de guerra, pero si, siendo blanco como pócima de leche, además posee un par de alas imponentes, infiero que lo que acabo de ver es un ser muy especial.

DISOCIACIONES

Explota un volcán. Desde una gran distancia logro ver el rojo magma que descende de la montaña. La lava se desparrama y consume todo. Inicio la huida y aun así me alcanza ceniza incandescente que cae sobre mi brazo izquierdo. No me duele ni arde.

Veo una calle atestada de jóvenes. Es de noche. La calle está llena de autos estacionados y motocicletas. Los jóvenes lucen chaquetas que llevan la letra U bordada en sus espaldas. Parecen pertenecer a alguna logia universitaria.

Yo hablo con algunas personas. La conversación gira en torno a la capacidad que algunos ángeles tuvieron en el principio de los principios de aparearse con mujeres humanas hermosas, de cuya unión surgieron los mutantes, híbridos descomunales que la Biblia llamaba nephilim o gigantes.

Veo una luz que imagino es otro fuego a la distancia,
en otra montaña, pero se trata de un efecto de luces
inofensivo.

RANKING 15

En un circuito bordeado de banderines coloridos está emplazado el cuadrilátero. Soy el boxeador ranqueado en el puesto 15 de la AMB. De no presentarse el retador del campeón Arambulet, yo debería ocupar su puesto y disputar la corona.

Algunos chicos han escrito carteles para apoyarme y darme ánimo. Pienso: «Si estoy en puesto 15 es porque lo merezco». Pero luego siento desánimo cuando veo subir al ring a Arambulet y a su retador. Por suerte, no me tocará combatir. Ambos púgiles restallan de fibra por todos lados. Se ven musculosos, aceitados. Me doy cuenta de que no poseo una constitución física óptima para dar batalla en caso de que deba enfrentar al campeón.

Me preocupa el dolor en mi hombro derecho.

CONFUSIÓN

Un hombre viste un traje blanco y lleva cuello clerical. En determinado momento, ya no veo al hombre, pues he pasado a ser él. Resulta que yo soy el hombre que porta el cuello clerical. Parece que también luzco un delgado bigote. La gente me saluda con respeto. Piensan que soy un sacerdote, pero ignoran que en realidad soy un reverendo protestante, algo así como un *amish* o cuáquero. Ahora visto un traje negro, pero aún llevo el cuello de clérigo.

Camino hasta la estructura de una torre coronada con un gran reloj. Una religiosa está bajo la torre. Me saluda efusivamente llamándome «padre». Al acercarme, se da cuenta de su error. Dice que me parezco mucho al padre «tal», pero que en realidad soy más joven que él. La religiosa luce apenada, azarosa. Sonríe y su sonrisa es encantadora. ¿Cómo puede anularse una mujer así

en una orden religiosa por el resto de su vida? Tiene ojos oblicuos y almendrados.

El que tengo ojos para ver, que vea.

LUCHO CON MI PADRE

Estamos en un octágono, un escenario parecido a una jaula de MMA (Artes Marciales Mixtas). Mi oponente es nada menos que mi padre. La pelea es encarnizada. Papá tiene una fortaleza tremenda y me cuesta mucho reducirlo en el suelo. Aplico una llave inmovilizadora a su brazo con la intención de que sufra la articulación de su codo y se rinda de una buena vez, pero mi padre resiste. No me sorprende. Es épica su fortaleza. Desde mi niñez, le he visto realizar proezas físicas. Es un hombre que siempre se esfuerza mucho. Tiene manos rústicas de obrero. No puedo arriesgarme a recibir uno de sus manotazos. Soy más grande en estatura y soy más joven que él; y aun así no siento ningún tipo de incomodidad moral.

Mi padre se rinde tras veinte minutos de forcejeo. Levanto mis brazos y grito eufórico «Soportaste bastante, pensé que no te ibas a rendir nunca».

No es de extrañarse. Todo padre, ama y corrige.
Todo hijo desafía a su padre.

KAREN NO ESTABA MUERTA

Karen no está muerta. Está prácticamente ciega. Un rayito de luz le queda todavía e intenta retocar digitalmente la foto de un atardecer. La foto tiene dorados y naranjas. Pega su cara a la pantalla del computador y aun así no distingue bien. Me posiciono detrás de ella y coloco mis dedos índices sobre sus ojos cerrados. Elevo una oración para que recobre la vista. Ella luce un corte de pelo desactualizado. Su cabello erizado parece la cresta de un casco romano. ¿Quién te ha cortado el pelo así?

El responsable es su peluquero de confianza. Me da la impresión de que este sujeto experimenta nuevos cortes con su cabello porque ella no puede ver.

RESTOS RECICLADOS

Rubén no canta, pero pronuncia un discurso político. Yo ando en busca de unos zapatos. Bajo por las escaleras de un viejo y oscuro edificio desplazándome casi perpendicularmente sobre las paredes. Doy vueltas a gran velocidad, aprovechando la centrífuga. Quedo atrapado por la puerta de un ascensor que me aprisiona el pecho. No tengo camisa. El ascensor abre sin hacerme daño.

Observo fotos antiguas colgadas en las paredes. En ellas se ve a un grupo de cantantes de antaño, una agrupación como la Sonora Matancera. Son fotos sepias, amarillentas.

Rubén se desplaza en moto por una calle inclinada. Debo ir a trabajar a la fábrica, por ello espero el autobús en la parada. Es de noche.

SIRVO UNA BEBIDA EN TRES VASOS

Vamos a un lugar abierto: son áreas verdes como las de un parque. Un globo aerostático está punto de despegar. En la canasta hay niños entusiasmados. El globo se eleva a poca altura. Desciende suavemente sobre la hierba. Me pregunto si debo proveerle esta experiencia a mi pequeño hijo, pues los niños no parecen asustados. Es un vuelo corto, bajo y seguro.

Voy con dos hombres hasta una puerta. Busco algo. Uno de los hombres es un viejo que inicia una historia que suena interesante, entretenida; sin embargo, no sé de qué habla, ni puedo recordarlo.

Voy hasta una mesa. Sirvo una bebida en tres vasos. Escojo el vaso más pequeño. Observo a una mujer de pechos enormes que viste un ajustado vestido de franela gris.

No sé cómo, pero sé que esa mujer vive en un barrio que queda en un cerro.

MALENCO

Estoy en una parada de autobús rodeado de muchas personas que también esperan el transporte. Llevo un maletín grande de color negro con dibujos, pinturas y parte importante de mis diseños. Poco a poco, la mayoría se cansa de esperar el autobús que nunca llega. Se van en busca de refugio, pues se hace de noche. Algunos se dirigen a una vivienda precaria rodeada por una cerca de alambre. Yo permanezco en la parada.

Oigo un sonido lejano, un murmullo que crece al acercarse. Son revolucionarios mexicanos de a caballo que me rodean. Tienen sombreros de charro y correas de balas cruzadas en el torso. Desde la precaria vivienda me gritan que corra, pero antes de pueda hacer pasar mi maletín a través de la cerca, soy tomado prisionero.

Aparezco dentro de una vivienda, todo está en penumbra, nos alumbramos con una vela. Hay siete mujeres en esa casa. Sé que algunas son jóvenes vírgenes y

son hijas del dueño quien conferencia con el líder de los forajidos, un tal “Malenco”. Es un hombre desgarrado, pelirrojo, con la cara sucia y arrugada. Malenco dice que su mujer es tan flaca que no tiene ya nada de carnes.

Creo que negocian. Hay suficientes chicas para solucionar el problema.

SEIS JÓVENES COLGADOS DE UNA MALLA

En el azul del cielo, aparece una mancha roja flotando. Tardo en darme cuenta que se trata de un parapente, pues solo lo aprecio cuando está cercano. El parapente lleva una canasta o malla donde están metidos algunos jóvenes. Estos se mueven con libertad dentro de la malla haciendo movimientos con los brazos que parecieran dar mayor impulso al parapente. Es algo así, como una técnica de vuelo que redunde en un efecto que reduce la resistencia al aire y optimiza la navegación. Algunos chicos llevan el pelo largo; otros son barbudos y ninguno lleva vestimenta adecuada a pesar del viento y la altura.

El parapente desciende y yo corro hasta el lugar donde aterriza, una leve montaña verde. Los chicos están recogiendo las cuerdas y enrollando una frondosa tela de nylon de colores intensos. Abordo a los chicos

y me percató que son seis. Los felicito. Pregunto cómo esa cosa pudo levantar con tanta gente, con tanto peso. Me explican con poco ánimo que fueron jalados por un auto.

Los jóvenes me miran como a una cosa rara. Circunspectos, se concentran en su tarea.

SECUESTRO

La nave espacial está suspendida en la bóveda de la madrugada. Está abollada como un cacharro que ha recibido muchos golpes tras fallidos aterrizajes. Tiene un color azul metalizado. De una compuerta inferior, desciende una escalerilla de rescate que es sacudida por ráfagas de gélido viento. Por ella descienden dos seres: uno es femenino y el otro es masculino. El macho es altísimo como un basquetbolista; la mujer es vieja y tiene cabellos erizados por la electricidad. Por un momento me parecen que son humanos disfrazados que quieren gastarnos una broma. Cuando están más cerca, comprendo que su estatura no es humana. Son entidades biológicas existentes fuera del ámbito de la tierra.

Ahora cambia el ambiente.

Estoy en una especie de gueto, un lugar de retención y me estoy dejando crecer la barba, pues allí no

importa la apariencia. Junto a mí, se encuentra Zaquén y también mi madre. Los tres somos víctimas, hemos sido secuestrados por los seres del espacio.

Zaquén no parece preocupado. Sonríe apaciblemente y me dice: «Pregúntale a Yolanda». Voy por ella sin saber quién es. Me consigo con una mujer de 50 años de grandes caderas que viste un traje de azules y verdes llamativos. Yolanda tiene grandes ojos claros y me dice: «Todavía no es el momento», mientras prepara una inyección. Voy donde Zaquén, quien se ha puesto un pijama beige que lo hace ver esmirriado. Parece resignado. Palmeo su espalda y él asiente. Se echa sobre un delgado colchón de rayas y abraza una almohada espichada. «Sí, está bien, Yolanda debe saber».

Siento una gran ternura por él. Zaquén tiene una sonrisa de tristeza.

FELINOS

Estoy en el auto de Ángela y desde allí veo a través de las ventanillas cerradas muchos leones que merodean afuera. En voz baja le digo a Ángela que no respire. Una enorme cabeza se asoma tras el cristal y yo me acuesto lo más que puedo en el asiento. La visión que tengo del animal es similar a un video en alta definición. Los penetrantes ojos dorados y la textura del pelaje son de un realismo extraordinario. En el fondo creo que se trata de imágenes virtuales. Ángela enciende el motor y nos ponemos en fuga. Nos persiguen. Le digo a mi acompañante: «Se nota que son computarizados, no pueden ser tan perfectos».

En determinado momento estamos fuera del auto y nos toca huir a pie. Los leones desaparecen, pero ahora lo hace un tigre también inmenso. El férido trepa al tejado de una casa situada en una curva. Ha comenzado a caer la noche. Nosotros le vemos desde abajo. El

animal se prepara para saltar, despliega el poderío de sus músculos y se deja caer al vacío justo sobre nosotros.

Mi hermano aparece a mi lado y le arroja un pequeño globo lleno de agua. El tigre se desintegra.

KASANDRA

Estoy en un pequeño centro comercial y veo a una chica que trabaja en un local de lotería. La joven es una pequeña muñeca: morena, de nariz respingada y pelo muy largo. Tiene unas asentaderas que mueven al deseo. Imposible no mirarla y recorrerla de pies a cabeza.

Camino por un boulevard. Frente a mí están las escaleras de un viejo edificio de los años 50. Subo los peldaños y empujo una puerta amarilla. Hablo con una mujer vieja y morena. Me habla de su hija. Me anima a que entre a una habitación. En el aposento descubro que se trata de la chica del local de lotería. Ella es una versión muy mejorada de la madre. La mujer mayor debió ser hermosa en su tiempo. ¿Quién de joven no fue bonito? La chica está sentada sobre una cama y parece presa de la timidez o el temor. Está ataviada por un jean ajustado y lleva una blusa blanca. Se quita las sandalias y puedo apreciar unos pies diminutos y

arreglados que evocan un sentimiento entre la ternura y la lujuria. Provoca morderlos o besarlos. Son hermosos, dignos de ella.

La chica me besa inocentemente como si yo fuese su amor colegial. Apenas me roza con un leve contacto de sus labios blandos. «Te vi en el centro comercial». Le digo. «Es increíble, se está cumpliendo mi deseo».

Antes de despojarse de la blusa, me advierte que tiene un defecto que le avergüenza: «Mis pechos son pequeños». Los descubre y yo me siento afortunado. Son piquitos de niña, pero las curvas de su cuerpo son de hembra formada. La aliento. «Todos tenemos complejos, pero tú eres perfecta». Pregunto su nombre y después de dudarlo me dice: *Kassandra*. Es el nombre de una adivina. Embrujo tiene, no cabe duda. Tal vez sea la ternura, sus pechos pequeños, sus ojos bajos por la vergüenza, su cuerpo temblando, su respiración profunda.

«Eres el primero en mi vida», susurra cerca de mi oído. Ella parece ya no tener miedo. Yo dejo atrás mis inseguridades.

REMOLINO

A través de mi ventana veo muchas aves volando de forma inusual. Distingo buitres que vuelan muy alto. De pronto todas las aves del cielo (que son muchas) quedan atrapadas en un remolino. Una increíble masa de pájaros gira como contenida en un vaso de licuadora. La masa se mueve a gran velocidad. Me hace recordar la imagen de un inmenso cardumen de peces desplazándose.

Puedo distinguir aves negras, blancas y rosadas. Estas últimas son flamencos (flamingos). Veo sus largas patas y cuellos, sus picos curvos y sus cuerpos desplumados por el torbellino.

El cielo ennegrecido es impresionante. Llamo a gritos a mi esposa para que corra hasta la ventana. Es un gran espectáculo, rarísimo y terrible que sin embargo no me atemoriza. Mi esposa llega a tiempo. El fenómeno comienza a mermar.

Un animal yace en el suelo. Al principio pienso que se trata de un tejón blanco. Al acercarme, descubro que es una de las tantas aves caídas. Luce extraña y bella al mismo tiempo. Parece un brochazo sobre el pavimento. La tomo en mis manos con delicadeza. Concluyo que las aves han perdido el norte magnético.

El mundo está a punto de cambiar.

ANTE EL TRIBUNAL

Ignoraba que Dios hablara en hebreo, pero debía suponerlo. Más asombroso aún era el hecho de poder comprender perfectamente el lenguaje de los semitas. Gracias a un elevado nivel de conciencia, la comunicación en el «más allá» se efectuaba sin necesidad de las palabras. A mi mente llegaba casi en traducción simultánea el estruendo de la voz del Juez y su dictamen. Las nubes ocultaban por momentos las vestiduras del Rey. Su trono era alto hasta el infinito. Solo alcanzaba a distinguir, con no poca dificultad debido al resplandor de su rostro, sus gigantescas manos apoyadas en los pasamanos del trono.

Yo, junto a miles más, ocupaba lugar en una fila que se perdía de vista en espera de ser llamado. Traté de buscar a alguno de mis compañeros de infortunio, Franchesca, Malatesta y Teresa. Un vistazo a nuestra fila hacia atrás, me desalentó. Éramos muchos. Me hizo

recordar las fotografías satelitales de la serpenteante muralla china.

Ante cada veredicto, no había lugar para excusas ni apelaciones. Estar ante el Juez era exhibir ante su luz, una radiografía de nuestras bondades y maldades.

En vida, yo había luchado siempre contra las debilidades de la carne. Irónicamente, había sido teólogo erudito, llevando una doble vida, entre la búsqueda espiritual y el pecado. La contradicción había marcado mi existencia. La lujuria, el más bajo instinto carnal, subyacía en mí, agujoneando y sabotando mis buenas intenciones de santidad. Por último, al final de mi existencia, había perdido la batalla. Me había dejado hundir en la disolución, aparentando una vida piadosa e intachable, alternando entre los goces, la culpabilidad y el arrepentimiento.

Después de lo que me pareció una *eternidad*, cosa curiosa en una atmósfera sin sensación de tiempo, llegó mi turno. Me sentí sin escapatoria, vulnerable y frágil, hasta que de pronto recordé un texto bíblico atribuido a Jesucristo. *Más yo os digo que de toda la palabra ociosa daréis cuenta el día del juicio final, porque por toda palabra que digáis seréis juzgados.* En lo absoluto de mi oscuridad, entre tanta luz que emanaba del trono, creí ver un resquicio por donde se colaba un rayo de esperanza. Sería juzgado por mis palabras, mas no por mis actos. Rota la dicotomía cruel de mi vida, existía la posibilidad remota de ser

tenido como justo. Como teólogo, había enseñado la senda de salvación a los pecadores, aun cuando yo mismo terminaba revolcado en el cieno. Parecía tener al menos ese punto a mi favor.

En todo juicio, además de un juez y un juzgado, debía comparecer un abogado, que, por cierto, no veía por ningún lado. Hasta que, casi delante de mí, se materializó un gigante de veinte pies, vestido de blanco. El arquetipo del Mesías rubio, heredado de la iconografía clásica de Hollywood, se resquebrajó. Un sultán con tez de cobre que emanaba una poderosa luz, con marcados rasgos árabes y ojos bondadosos, me sonreía apaciblemente inspirándome confianza.

Las escrituras que había memorizado en vida acudieron como torrente. Según ellas, solo tenía dos opciones y la primera de ellas, la que yo no quería escuchar de labios del Mesías, decía:

Apartaos de mí, maldito de mi Padre, para que tengáis parte en el fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Nunca os conocí, hacedor de maldad.

La otra opción, la que yo anhelaba oír del Salvador, era el otorgamiento del perdón, la justificación como resultado de su propio sacrificio, más allá de cualquier mérito de mi parte. Comprendí mi flaqueza como un hombre torturado en vida por un infierno aún más hostil que aquel que de seguro me esperaba. Mis piernas entrechocaron y se debilitaron. Frente al *Alfa y Omega*, era imposible mantenerse de pie. Terminé con

mi cabeza entre las rodillas, postrado al estilo de oriente medio. Mi frente tocó *suelo*, si es que en el cielo existe suelo o algo sólido semejante. Mi vida fue proyectada ante una gran pantalla sin piedad. Ningún detalle se omitió para mi vergüenza; pero me alegró poder apreciar y descubrir algunos rasgos de bondad y desinterés que yo mismo desconocía. Sin embargo, la balanza de mis actos se inclinaba peligrosamente hacia el otro lado, dejándome sin esperanza. La proyección culminó con los detalles escalofriantes de mi último acto en vida. Yo, y otras personas, entre quienes estaban Malatesta, Franchesca y Teresa, abordamos un ascensor que luego se desprendería de un vigésimo quinto piso. Reviví en mi estómago el frío y la oquedad.

Estaba preparado para lo peor. Me sabía no merecedor de su misericordia y la reciente visión de mis pecados había alborotado mi espíritu a tal grado que me sentía tentado, aun en el momento menos oportuno. Todos mis bajos instintos y maldad afloraron como queriendo recuperar el goce desenfrenado de mi carne. Imaginé y deseé el castigo: un infierno atestado de almas retorciéndose entre el fuego y la cúpula salvaje, entregados a una orgía de cuerpos chamuscados, entre el dolor y el desenfreno; y yo en medio de ellos, disfrutando, lacerando, desgarrando otros cuerpos. Algo horrible.

La voz del Mesías me sacó de mis oscuras cavilaciones. *Erráis porque ignoráis las escrituras. En el cielo no se*

casarán ni se darán en casamiento, sino que seréis como los Ángeles de Dios. Ya no poseéis un cuerpo físico, sino que habéis pasado a una nueva naturaleza.

Quedé desconcertado. Aún pensaba y sentía como cuando estaba sujeto a la debilidad de la carne. Parecía que *Yeshúa, mi Señor*, me trataba como a un redimido. Había dicho: *seréis como los Ángeles de Dios*. De pronto el cielo se estremeció a punto de caerse. Dios había dado el veredicto: “MENE MENE TEKEL U PARSIN” (*Ha sido pesado y hallado falto*).

Estaba perdido. La oquedad de mi estómago se agigantó. Mi erudición y conocimiento se fueron a tierra, o al piso del cielo, rebotando como la cabeza de un decapitado. Entonces *el Señor* volvió a sonreírme. Era un rictus indescifrable como la sonrisa del famoso cuadro de Da Vinci. No supe qué pensar. Dios había tronado su sentencia yo estaba perdido, pero el Mesías sonreía.

Yeshúa habló al Rey.

—*Padre, este mortal, en los días de su encarnación, pasó a ser uno de tus escogidos por cuanto creyó en mi Nombre y de esa manera recibió la potestad de ser hecho un hijo Tuyo, tal como lo expresa tu voluntad. «Nadie viene al Padre sino por mí», y por mis méritos se halla este mortal en vuestra presencia. Aunque ha sido pesado y hallado falto, su culpa fue sobre mis espaldas. Padre, yo pagué el precio de su salvación, a precio de sangre fue comprado.*

No estaba preparado para tanta bondad, difícilmente podía entender el concepto de la palabra misericordia. Estaba aturdido como si hubiera recibido un mazazo en plena cabeza.

—*Tendré misericordia del que yo quiera tener misericordia.* Dijo el Juez.

El rictus del Mesías pasó a ser un telón que se descorría para dejar una media luna perfecta de dientes que relucía entre la espesa barba.

—*Se acabaron los sacrificios permanentes de corderos en el templo para perdón de los pecados. Yo tengo poder para poner mi vida y para volver a tomarla. Soy el sacrificio y el Sumo Sacerdote, soy la propiciación por el pecado, soy tu perdón.*

—Señor, dije agobiado y avergonzado, fui un fracaso como creyente, defraudé a muchos, y a otros arrastré al pecado y la perdición ¿Cómo es posible ser hallado justo en medio de mi maldad?

No hubo respuesta. Entonces, casi de inmediato fui tomado por una ráfaga entre las alas del viento, trasladado hasta una nube distante, entre alabanzas eternas, en la prístina gloria de los cielos. El trono, desde mi nueva posición se distinguía lejano. Rápidamente me iba desprendiendo de los azares, las luchas, las frustraciones del mundo y la carne. Sentía que otro fuego me consumía: era el cálido y devastador peso de su amor. Mi cuerpo comenzaba a emanar una débil luz. Me olvidaba de ser hombre para transformarme en un ángel. En sosiego,

mientras algunas lágrimas de agradecimiento pugnaban por lavar mi rostro, recibí, como última revelación en mi mente y corazón, las palabras que parecían brotar como un río desde el pecho del Redentor.

—Hijo, es hora que entres al descanso de tu Señor, ya sufriste el castigo, te tocó vivir en la tierra tu propio infierno.

LAS ALAS DE LA ABUELA

Papá irrumpió en el patio y arrojó unas cáscaras de plátano que espantaron a los gansos y a las gallinas. Sin mirarme, dijo:

—Voy a pedir una ambulancia para tu abuela.

Mamá le había estado dando a la abuela una espesa sopa de verduras con una cuchara antigua llena de adornos y florituras. La abuela tragó y se relamió antes de salir de su mutismo.

—Dame un beso, Esther. Eres una hija para mí.

Con esa sentencia terminaba una larga rivalidad por el amor de papá. La abuela veía a mamá, no como su nuera, sino como la mujer que había intentado toda la vida, robarle a su hijo. Mi madre quedó paralizada con la cuchara goteando el potaje. El espíritu de mi abuela parecía haberse marchado volando.

Mamá solicitó ayuda lo más rápido que pudo. Convocó a un vecino llamado Lorenzo, quien para

nosotros, calificaba casi como médico. El hombre trabajaba como obrero en la morgue del Hospital Central.

Lorenzo era un hombre pálido como un *zombie*. Contagiado permanentemente con los fluidos del hospital, despedía un fuerte olor a formol. Sus ojos eran grandes, acuosos y casi transparentes. Sus mejillas lucían hundidas. Al tacto, su mano fría, parecía la de un difunto.

Mi abuela yacía sentada en su silla con los labios abiertos, como congelada en una instantánea en el momento justo que intentaba atrapar la última bocanada de aire. Tenía la vista perdida en el techo, como si el techo fuera la eternidad. Los fantasmas, la gente del pasado que de cuando en cuando ella proyectaba en sus delirios, de seguro se habían dado cita en la habitación y le daban la bienvenida.

Lorenzo, como todo un experto en los trámites del más allá, con gesto sombrío sacó un pequeño espejo de su bolsillo y lo aplicó sobre la boca de mi abuela. Era parte de su rutina de seguridad antes de proceder a diseccionar un cadáver. Se aseguraba de que no hubiese vestigio de aliento. Todos observábamos atentos y expectantes. El espejo no se empañó.

Lorenzo nos miró. Bajó los párpados de sus ojos acuosos y con un respetuoso silencio comenzó a negar con un movimiento lento de cabeza.

Papá llegó envuelto en el ulular de la ambulancia, pero era demasiado tarde. La abuela ya había desplegado sus alas.

ROBERTO MOLINARES
(1962, MARACAY)

Artista Plástico y Diseñador Gráfico. Cursó estudios en la Escuela de Artes Visuales Cristóbal Rojas y en el Instituto de Diseño Perera. Caracas, Venezuela.

Es cantautor, miembro de la Sociedad de autores y compositores de Venezuela (SACVEN).

Egresado del Programa Superior de Escritura Creativa de ICREA (Instituto de Comunicación y Creatividad) y del Programa de Narrativa de Monte Ávila Editores Latinoamericana. Caracas, Venezuela.

En 2013, su cuento, «La última bala» resultó ganador, siendo incluido en la antología de relatos «La Paz es lo que Cuenta», del Fondo Editorial FUNDARTE, Caracas, Venezuela.

Sus relatos han sido publicados en los portales digitales colombianos *Editorial Torcaza*, *Revista La Barca*, *Papel y lápiz* y *Panorama Cultural*.

En 2021 y 2022 representó a Venezuela en exposiciones artísticas virtuales realizadas en México y Costa Rica, convocadas por la UNESCO, con motivo de la celebración en Latinoamérica y el Caribe del Día Mundial del Arte.

Su relato «Aleluya», fue seleccionado como uno de los finalistas del XIV Concurso Hislibris de Madrid, España, para conformar la antología de los mejores relatos de la edición de 2021-2022.

ÍNDICE

Presentación / 7
Prólogo del autor / 9
Una larga carretera en medio de la nada / 19
El vientre de los lagartijos / 21
Bebé / 25
En espera de ser llamado / 27
En la tienda / 31
Bejucos / 33
Tabuche / 35
Vanessa Williams / 37
Purín / 39
El globo amarillo / 41
Moisés / 43
Pájaros en mi cocina / 45
Ventisquero / 47
Teología / 49
Joe compró un bastón para ciegos / 51
El Zorro / 53
Cornucopias / 55
A 15 mil kilómetros de distancia / 59
Fantasma enamorado / 62
Un extraño ave de rapiña / 65

Ojos de Búho / 67
Guitarra envuelta en candela / 71
Regalo de Emanuel / 73
El mito de la caverna / 77
Tuareg / 81
Una piedra colorada / 83
Coquetona / 85
Omar, el radiotécnico loco / 87
El hombre Justo que reza / 89
Moneda mutante / 91
Pupilas Verticales / 93
Llueve dentro de la casa / 97
Matías y su extraña Bicicleta / 99
Visita a la galería / 101
Catana o Cimitarra / 103
Técnica de Vuelo / 105
Revelación / 107
Disociaciones / 109
Ranking 15 / 111
Confusión / 113
Lucho con mi padre / 115
Karen no estaba muerta / 117
Restos reciclados / 119
Sirvo una bebida en tres vasos / 121
Malenco / 123
Seis jóvenes colgados de una malla / 125
Secuestro / 127

Felinos / 129

Kasandra / 131

Remolino / 133

Ante el tribunal / 135

Las alas de la abuela / 143

Roberto Molinares / 145

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Jalados por los cabellos

Digital

Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas – República Bolivariana de Venezuela



“Escribir un libro basado en experiencias oníricas puede resultar un proyecto bastante ambicioso y complejo, donde se da cita la voluntad de catarsis personal de quien lo escribe con la voluntad de hacer arte. Por un lado, estaría el mecanismo interno de la ficción literaria, acoplado a la capacidad del narrador para recordar; por otro, es difícil que los seres humanos podamos atrapar completamente un sueño para luego hacerlo palabras, sin alejarnos de la naturaleza misma del inconsciente, tamizado ya por la racionalidad de las palabras y por su poder de evocación”.

Gabriel Jiménez Emán

ROBERTO MOLINARES (1962, Maracay)

Artista plástico y Diseñador gráfico. Cursó estudios en la Escuela de Artes Visuales Cristóbal Rojas y en el Instituto de Diseño Perera, Caracas, Venezuela. Es cantautor, miembro de la Sociedad de Autores y Compositores de Venezuela (Sacven). Egresado del Programa Superior de Escritura Creativa de Icrea (Instituto de Comunicación y Creatividad) y del Programa de Narrativa de Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, Venezuela.

En 2013, su cuento «La última bala» resultó ganador, siendo incluido en la antología de relatos «La Paz es lo que Cuenta», del Fondo Editorial Fundarte, Caracas, Venezuela. Sus relatos han sido publicados en los portales digitales colombianos: *Editorial Torcaza*, *Revista La Barca*, *Papel y lápiz* y *Panorama Cultural*. En 2021 y 2022 representó a Venezuela en exposiciones artísticas virtuales, realizadas en México y Costa Rica, convocadas por la Unesco con motivo de la celebración en Latinoamérica y el Caribe del Día Mundial del Arte. Su relato «Aleluya» fue seleccionado como uno de los finalistas del XIV Concurso Hislibris de Madrid, España, para conformar la antología de los mejores relatos de la edición de 2021-2022.

